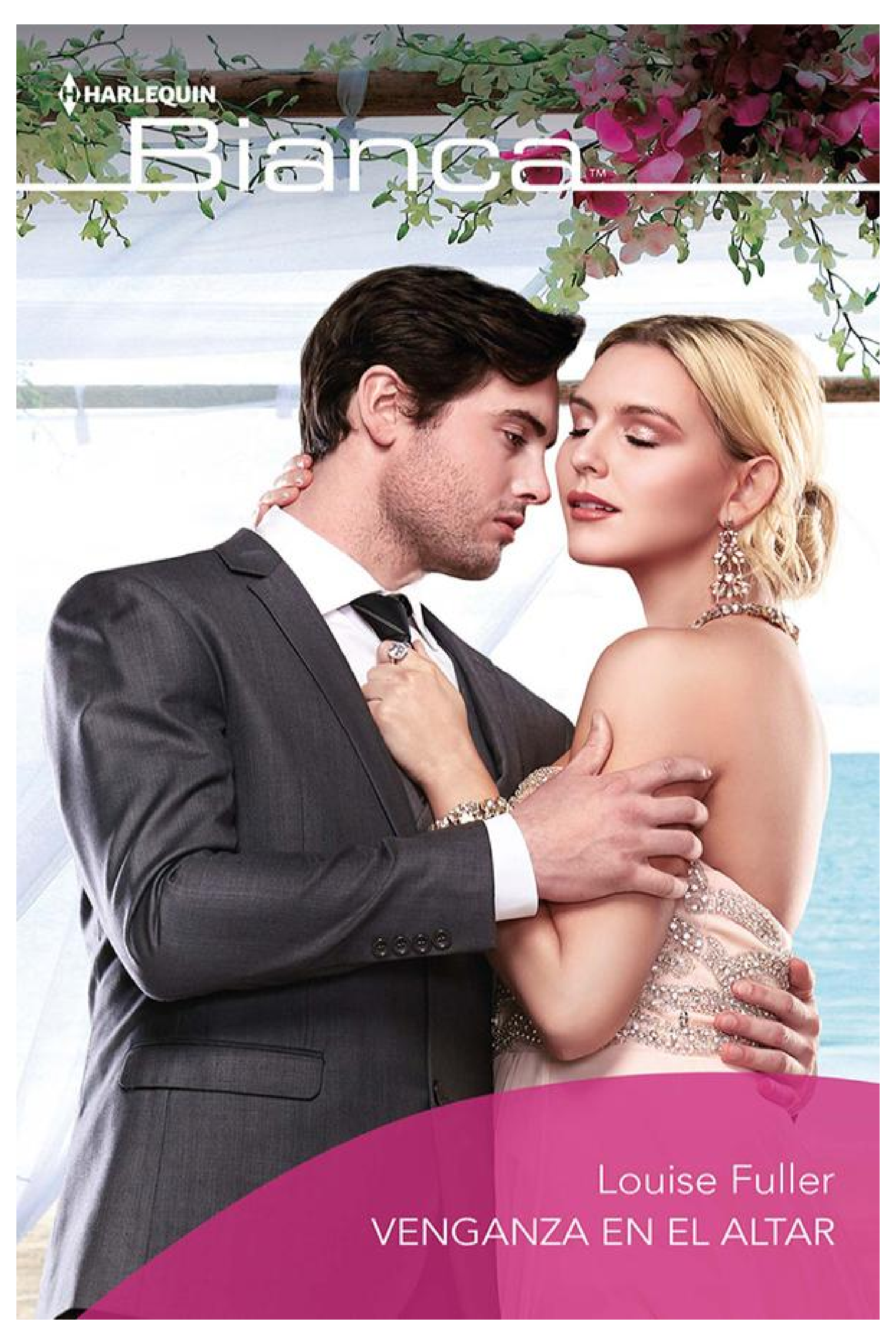

HARLEQUIN
Bianca™
Louise Fuller
VENGANZA EN EL ALTAR

Bianca

VENGANZA EN EL ALTAR

Louise Fuller

HARLEQUIN

Capítulo 1

CUANDO las ruedas de su avión privado tocaron la pista, Margot Duvernay levantó la vista de su ordenador portátil y miró pensativa por la ventanilla mientras se tocaba la pulsera con la inscripción *Equipo de la Novia* que llevaba en la muñeca.

Como directora general de la legendaria bodega de champán Casa Duvernay, trabajaba duro. Los últimos cinco años habían sido particularmente exigentes, hasta tal punto que la semana de solteras que iba a pasar con Gisele en Montecarlo era la primera vez que se tomaba unas vacaciones desde hacía mucho tiempo.

Pero el inesperado mensaje de su padre, Emile, había acortado abruptamente la estancia programada.

Caminó con paso decidido por la pista hasta ocupar la limusina que la esperaba con el aire acondicionado puesto y sacó el móvil para volver a escuchar su mensaje. Como telón de fondo se oían risas y música de bossa nova, y frunció el ceño. Ojalá lo hubiera escuchado antes, pensó. Emile era tan veleidoso, se distraía con tanta facilidad…

Pero en la parte positiva del mensaje figuraban las palabras « *vender*» y «*acciones*», y eso era fundamental.

Recostándose en el asiento, contempló cómo el cuartel general de la familia, con sus doscientos cincuenta años de antigüedad y su hermoso tejado con mansardas, aparecía a lo lejos, y experimentó una conocida sensación, mezcla de orgullo y responsabilidad. Adoraba aquel edificio. Para ella, era mucho más que ladrillo y cemento. Era un legado… y también, una carga.

Igual que su puesto de directora general.

Inspiró hondo.

Mientras crecía, jamás se había imaginado que acabaría haciéndose cargo de Duvernay. Ni siquiera una vez había deseado el poder o la responsabilidad. Por naturaleza detestaba que la luz de los focos se centrase en ella. Sin embargo, el trágico fallecimiento de Yves, su hermano mayor, en las pistas de esquí de Verbier, no le había dejado más alternativa que hacerse cargo del negocio familiar. A Emile le habría gustado disfrutar del estatus de director de una marca global, pero aun en el caso de que no se hubiera llevado la ducha fría que se llevó por parte de su familia política, prefería mantener el bronceado que analizar las tendencias del mercado. Su hermano Louis era más alto que ella, pero con tan solo

dieciséis años era demasiado joven para ocuparse de todo, y su abuelo, demasiado viejo y demasiado devastado por el dolor. Ya había sido bastante duro para él tener que tratar con la sobredosis accidental de su hija, pero el golpe de perder a su nieto le había provocado una serie de ataques de los que no se había recuperado del todo.

De modo que solo quedaba ella para hacer lo que siempre había hecho: recoger los pedazos, y esa era la razón por la que había vuelto a toda prisa a Epernay aquella mañana.

Una vez dentro del iluminado vestíbulo, el teléfono comenzó a vibrar.

¡Gracias a Dios! ¡Por fin! Era su padre.

–¡Emile! Estaba a punto de llamarte.

–¿Ah, sí? Creía que estarías enfadada.

Apretando los dientes, Margot no contestó. Su padre era exasperante y, a veces, monumentalmente insensible. Como no contestaba a sus mensajes, había empezado a asustarse, a preocuparse de que quizás hubiera cambiado de opinión. Pero estaba claro que simplemente se estaba haciendo el estrecho.

Se le aceleró el corazón. No podía haber encontrado un momento mejor.

No solo significaba que el negocio volvería a estar completo justo para la boda de Louis, sino que al mismo tiempo le daría el empujón que tanto necesitaba a su abuelo. Sintió que se le cerraba el pecho. Y, por supuesto, comprar las acciones de su padre enviaría un mensaje fuerte al banco.

–Ay, papá –exclamó con serenidad. Su padre era como un crío, pero aquella mañana estaba decidida a ser indulgente con él–. Ya sabes que he estado intentando ponerme en contacto contigo. He debido de llamarte por lo menos una docena de veces.

Sintió una oleada de excitación al recordar el mensaje de su padre. Le había dicho algo sobre que tomaría un avión a Reims, pero habían pasado ya horas. Miró el reloj. Debería estar ya allí, ¿no?

La boca se le quedó seca de pronto.

–¿Dónde te vas a quedar? Puedo ir a verte, o enviarte un coche.

El momento que había estado esperando casi toda su vida había llegado.

Recuperar las acciones perdidas, como las llamaba su abuelo, era un objetivo que la había tenido en vilo desde que asumió las riendas del negocio y lográndolo, no solo conseguiría que Duvernay volviera a estar completo, sino que pondría punto final al complejo

y lamentable episodio del matrimonio de sus padres y de las repercusiones que había acarreado el fallecimiento de su madre.

Su padre y sus abuelos siempre habían tenido una relación difícil. Emile tenía el aspecto de una estrella de cine, pero para ellos no era más que un entrenador de caballos que se había fugado con su hija de diecinueve años, y su decisión de vivir del fideicomiso de Colette había ahondado aún más la brecha.

Pero tras su muerte, había sido su negativa a devolver las acciones a sus hijos lo que había convertido una relación difícil en un amargo enfrentamiento. Su padre había amenazado con llevárselos a sus hermanos y a ella a Suiza si no le permitían quedarse con ellas, y su abuelo había accedido con dos condiciones: la primera que renunciara a la custodia de sus hijos en favor de su familia política, y la segunda, que llevasen el apellido de su madre.

Sería tan maravilloso dejar todo aquello atrás antes de la boda de Louis…

Pero su primera tarea era la de apurar a su padre.

–Papá –insistió, intentando parecer despreocupada–, tú dime dónde quieres que nos veamos.

–Por eso te llamo.

Su voz había cambiado. Parecía incómodo, casi desafiante, y se preguntó por qué, pero, antes de que pudiera darle más vueltas, su padre habló de nuevo.

–Lo he intentado, así que no puedes culparme. Ahora no, *chérie*. He esperado cuanto he podido…

Oír un suave pero inconfundible murmullo femenino le hizo fruncir el ceño. Ni siquiera en aquel momento su padre era capaz de dedicarle toda su atención.

–¿Culparte por qué?

–He esperado cuanto he podido, *poussin*, pero era una oferta tan buena que…

El uso del nombre que le daba cuando era pequeña le erizó la piel. Su padre solo la llamaba *poussin* – pollita – cuando quería algo, o cuando pretendía que lo perdonara.

–¿Qué oferta? –preguntó, despacio.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió a un atrio con techo de cristal.

Enfrente estaban las puertas de su despacho y, delante, caminando nerviosa de un lado al otro, vio a su asistente, y se le encogió el corazón.

–¿Qué has hecho, papá?

–Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo –el tono ya no

pretendía engatusar, sino defenderse–, así que espero que no me montes una escena, Margot. Es lo que tú misma llevabas años diciéndome: que vendiera mis acciones. Pues lo he hecho, y tengo que decir que a muy buen precio.

Fue como si una bomba le hubiera explotado dentro de la cabeza. La sangre le rugía en los oídos y el suelo se movió bajo sus pies.

–Dijiste que, si querías vender las acciones, acudirías a mí en primer lugar.

–Y lo he hecho –hubo un estallido de risa en segundo plano y notó cómo la atención de su padre se alejaba de ella–. Pero no me contestaste.

–No podía. Me estaban dando un masaje –respiró hondo–. Mira, papá, podemos aclararlo. Tú no firmes nada aún, ¿vale? Quédate donde estás y yo voy para allá.

–Demasiado tarde. He firmado los documentos esta mañana a primera hora. A primera hora de verdad, que me han hecho salir de la cama –protestó–. De todos modos, será mejor que hables con él. Debe de estar allí ya.

–¿Quién…?

Iba a hacerle la pregunta, pero aun sin el revelador tintineo del hielo contra el cristal supo que su padre ya no la escuchaba.

Oyó el «clic» de su encendedor y cómo salía el humo de su boca.

–Me dijo que por eso tenía que hacerse todo tan temprano, porque quería subir a Epernay para echarle un vistazo.

Margot miró el suelo color miel. Ahora entendía por qué el personal parecía tan confuso. El nuevo accionista de Duvernay debía de estar allí.

¿Quién sería?

Se maldijo por no haber contestado antes a sus mensajes, y maldijo a su padre por ser tan tremenda e irremediablemente egoísta.

–Ya verás como todo va bien –le oyó decir. Ahora que lo peor de la tormenta había pasado, se le notaba ansioso por colgar–. Tú eres tan racional y práctica, *poussin*. Habla con él. Igual lo convences de que te las venda a ti.

Si hubiera sido de las que gritaban, o lanzaban improperios, habría desatado la marea de insultos que se le acumulaban en la garganta, pero Margot no era así. Toda una vida de presenciar la telenovela que había sido el matrimonio de sus padres la había vacunado contra cualquier deseo de montar una escena, aunque por un momento consideró la posibilidad de decirle a Emile en los

términos menos racionales y prácticos lo que pensaba de él.

–Aunque lo dudo –le oyó decir, exhalando de nuevo, y se lo imaginó fumando su cigarrillo con la misma indolencia con que había puesto fin a su sueño de recuperar el control de Duvernay–. Parecía absolutamente empeñado en tenerlas. Pero tengo que decirte que incluso creo que te he hecho un favor. Es el hombre del momento, ¿verdad?

«El hombre del momento».

Los pensamientos de Margot volaban en todas direcciones. Había leído el titular, no el artículo, porque habría sido demasiado doloroso, pero mientras caminaba por el centro de París el mes anterior, le había resultado imposible no fijarse en los titulares de los periódicos o, más en particular, en la foto que acompañaba al artículo y en aquellos ojos –uno azul y otro verde– que contemplaban los Campos Elíseos como si fueran de su propiedad.

–¿El hombre del momento?

Su voz sonó borrosa, sin cuerpo… como una llama que ha consumido toda la mecha y chisporrotea en la cera hasta agotarse.

–Sí, Max Montigny. Dicen que es capaz de convertir el agua en vino, así que supongo que hará sudar tinta a esos estirados bodegueros.

–Papá… –empezó ella, pero ya era demasiado tarde. Emile estaba hablando con otra persona.

–Mira, llámame luego. Bueno, luego no. Cuando te parezca. Te quiero, pero tengo que irme…

Y la llamada concluyó.

«Max Montigny».

Diez años habían pasado desde la última vez que lo vio. Diez años de intentar fingir que su relación, sus mentiras, su corazón destrozado… que nada de todo eso había ocurrido. Y no se le había dado mal ocultarlo.

Claro que había que reconocer que ayudaba el hecho de que solo Yves conociera la historia completa. Para todos los demás, Max había sido en un principio un empleado de confianza y, más tarde, un buen amigo de la familia. Para ella había sido una fantasía hecha realidad. Con su cabello oscuro y suave, un perfil tan puro que parecía haber sido cincelado con una navaja y un cuerpo fibroso y musculado que rebosaba energía, era como una estrella oscura que tirase de sus cinco sentidos cada vez que entraba en su órbita.

Pero para él, Margot era invisible. Bueno, no. Invisible, no. Reparaba en ella, pero del mismo modo juguetón que su propio hermano: sonriéndole cada vez que se veían en casa para cenar, u

ofreciéndose a llevarla al centro si llovía.

Hasta que, un día, en lugar de mirar a través de ella, le clavó de tal manera la mirada que Margot se olvidó de respirar.

Recordando aquel momento, la prisión de su mirada, sintió que le ardían las mejillas.

La había cautivado, hipnotizado, fascinado, hasta el punto de que lo habría seguido con los ojos cerrados a la oscuridad, y en cierto modo así había sido porque había acabado en sus brazos y en su cama, entregándose por voluntad propia.

Desde entonces, pasó a serlo todo para ella. Su hombre del momento. Su hombre para siempre.

Hasta el día que le partió el corazón y salió de su vida sin un ápice de remordimiento en aquellos ojos depredadores.

Después, el dolor había sido insoportable. Fingiendo estar enferma, no se había levantado de la cama durante días, hecha un ovillo bajo el edredón, con el pecho doliéndole por la angustia y la garganta cerrada con lágrimas que no se permitía dejar salir por temor a que su abuelo se diera cuenta.

Y ahora tampoco era momento para lágrimas, así que saludó a su asistente con lo más parecido que pudo a su compostura habitual.

–Buenos días, Simone.

–Buenos días, *madame.*

Simone dudó. El rojo se estaba apoderando de sus mejillas.

–Lo siento, no sabía que iba a venir usted hoy. Pero él, el señor Montigny,

quiero decir, dijo que le estaba esperando.

Margot asintió sonriendo. De modo que era cierto. Por un momento había albergado la esperanza de que no fuera así, pero tenía delante la confirmación: Max estaba allí.

–Espero que le parezca bien…

¡Pobre Simone! Su asistente, una mujer que nunca perdía la compostura, se había sonrojado y parecía nerviosa, pero claro, acababa de ser la destinataria del encanto Montigny.

–Sí, Simone. Está bien. Y es culpa mía porque debería haberte llamado.

¿Está en mi despacho?

Sintió el aguijón de la ira. Max apenas había vuelto a presentarse en su vida, y ya había empezado a mentir por él.

–No, dijo que quería ver la sala de juntas. No me pareció que pudiera ser un problema…

Margot siguió sonriendo, pero de pronto experimentó una

salvaje necesidad de llorar, de rabiar por la injusticia y la crueldad de todo aquello. Si al menos pudiera ser como cualquier otra mujer joven… como Gisele y sus amigas, por ejemplo, y pasarse el día tomando cócteles y flirteando con los camareros.

Pero llorar y rabiar no era el estilo Duvernay, o al menos, no en público.

–Y no lo es. De hecho, yo misma le haré la visita guiada.

«Una visita hasta la puerta y fuera de mi vida», pensó.

Dio la vuelta y caminó hacia la sala de juntas, con la mirada puesta en el pulido tirador de cobre, levantó la barbilla y abrió.

Lo vio de inmediato y, aunque esperaba sentir algo, nada podría haberla preparado para la oleada de desesperación y arrepentimiento que sintió.

Habían pasado prácticamente diez años desde que se fue de su vida. Diez años era mucho tiempo, y todo el mundo decía que el tiempo curaba todas las heridas, pero, si eso era cierto, ¿por qué había empezado a temblar? ¿Y por qué el corazón le pesaba como si fuera de plomo?

Estaba experimentando la misma sensación que cuando lo vio por primera vez, con tan solo diecinueve años. Entonces pensó que no podía ser real. Que ningún hombre auténtico podía ser tan extremadamente bello. No era posible, y no era justo.

Él no la miraba, tumbado más que sentado en uno de los sillones de cuero dispuestos en torno a la gran mesa ovalada, con las piernas estiradas delante, aparentemente admirando la vista que se disfrutaba por la ventana.

El corazón le iba a toda velocidad, pero las piernas y los brazos parecían haber dejado de funcionarle. Mirando su nuca, el suave cabello oscuro que tanto le gustaba acariciar, tuvo la sensación de que iba a vomitar.

¿Cómo podía estar ocurriendo? Pero no. Esa no era la pregunta correcta.

Lo que tenía que preguntarse era que cómo podía ella impedir que ocurriese.

¿Cómo podía echarlo de aquella sala de juntas y de su vida?

Respiró hondo y cerró la puerta viendo cómo él, muy despacio, volvía su sillón. Lo miró en silencio. Allí estaba el hombre que no solo le había roto el corazón, sino que había pulverizado su orgullo y sus ideales románticos.

Hubo un tiempo que lo quiso y, después, otro en que lo odió.

Pero, obviamente, sus sentimientos no eran tan sencillos, o bien había olvidado con qué facilidad podía desequilibrarla Max porque,

aunque el calor la estaba abrasando por dentro, sabía que no era la llama árida del odio, sino algo que se parecía mucho al deseo.

Mirándolo a los ojos, a aquellos increíbles ojos multicolor, se vio reflejada en su verde y en su azul, ya no con diecinueve años, pero aún deslumbrada y aturdida.

Por aquel entonces era tan guapo como un modelo, y las cabezas se giraban a su paso con tanta facilidad como ahora transformaba las uvas en vino y el vino en beneficios. Su mentón recto, patricio, y sus pómulos marcados ya entonces sugerían la belleza de aquel rostro en la edad adulta, y esa promesa había sido cumplida más que con creces. Un estremecimiento la sacudió. Cumplida y favorecida por aquel traje gris oscuro que parecía haber sido diseñado para llamar la atención sobre el cuerpo espectacular que sabía que ocultaba.

Él sonrió, y su sonrisa la atravesó como una flecha.

–Margot… cuánto tiempo.

Se sorprendió al oírlo. Su voz no había cambiado, y eso no era justo porque, al igual que sus ojos, era uno de sus rasgos distintivos, y con ella hacía que la palabra más insulsa sonara como el agua de un manantial de primavera. Era tan suave, tan sexy…

–No el suficiente –le espetó ella. Caminó con decisión al otro extremo de la sala y dejó el bolso sobre la mesa–. ¿Por qué no nos damos otra década… o mejor, dos?

No pareció afectarle su grosería, o quizás, a juzgar por el esbozo de sonrisa, le divirtió un poco.

–Siento que pienses eso. Teniendo en cuenta el cambio en nuestra relación…

–Nosotros no tenemos una relación –le espetó.

Nunca la habían tenido. Era uno de los hechos que se había obligado a aceptar a lo largo de los años: que por muy cerca que hubieran estado físicamente, Max era un enigma para ella. Enamorada y cegada por lo maravillosa y viva que hacía que se sintiera en la cama, no se había dado cuenta de que no existía ninguno de los requisitos imprescindibles para tener una relación feliz y saludable: sinceridad, confianza, transparencia…

Lo cierto era que nunca había llegado a conocerlo de verdad, mientras que él la había encontrado a ella sumamente fácil de interpretar. Incluso en aquel momento, sentirse tan transparente le hacía encogerse de vergüenza.

–Nosotros no tenemos una relación –repitió–, y una firma en un trozo de papel no lo va a cambiar.

Él la miró fijamente a los ojos mientras hacía que su sillón se

moviera hacia delante y hacia atrás.

–¿En serio? –preguntó, con el mismo tono que emplearía para hablar de la posibilidad de lluvia–. ¿Por qué no llamamos a mi abogado? O al tuyo. Y les preguntamos si están de acuerdo con lo que acabas de decir.

Margot agarró aquella idea al vuelo. Era bueno saber que Max no había hablado aún con Pierre, pero el hecho de que hablase de hacerlo le contrajo la garganta.

–Eso no va a ser necesario. Este asunto tenemos que resolverlo entre tú y yo.

–Pero si yo creía que habías dicho que no teníamos ninguna relación.

–Y no la tenemos, ni la tendremos. A lo que me refería es a que este asunto es privado, y pretendo que siga siéndolo.

Max la miró con frialdad. ¿De verdad pensaba que iba a dejar que se creyera al mando de la situación?

Diez años atrás, había estado dispuesto, a pesar de que no le hacía ninguna gracia, a mantener su relación a escondidas. Le había dicho que necesitaba tiempo. Que necesitaba encontrar el momento adecuado para decirle la verdad a su familia, y él había dejado que su belleza y su atractivo lo cegasen a la verdad: que él era un secreto que ella nunca querría compartir.

Pero no estaba dispuesto a permitir que la historia se repitiera.

–¿Estás segura de eso? En fin, ya sabes lo que dicen de las buenas intenciones, Margot. ¿De verdad quieres tomar ese camino?

Hubo un silencio tenso y Margot sintió que perdía el color de las mejillas y que su cuerpo y el latido de su corazón se encogían ante la amenaza.

«¡No te preocupes!», hubiera querido gritarle a la cara. «¡Tú ya te encargaste de expulsarme del paraíso y arrojarme al infierno de tu creación!».

Pero no iba a darle la satisfacción de que pudiera saber hasta qué punto estaban aún abiertas sus heridas y cuánto había significado para ella.

–¿Me estás amenazando?

Max echó la cabeza hacia atrás para saborear la furia que había despertado en ella. Nunca antes la había visto furiosa… bueno, en realidad, nunca la había visto expresar una emoción intensa.

Al menos, fuera de la alcoba.

El pulso le vaciló y un recuerdo se le coló en la cabeza de aquella primera vez en su habitación, de cómo la franqueza de su mirada lo había retenido cautivo mientras se apretaba contra él,

clavándole las uñas en la espalda, con el cálido aliento contra su boca.

Podía ser seria y serena en la superficie, pero, cuando la besó por primera vez, lo que descubrió fue toda una revelación. Era apasionada y desinhibida.

De hecho, no había sido tanto una revelación como una revolución, toda calor, hambre y urgencia.

–Solo los débiles y los incompetentes recurren a las amenazas. Yo solo estoy conversando. Recuerdas lo que es conversar, ¿verdad, Margot? Es lo que tú solías interrumpir para arrastrarme a la cama.

Margot lo miró sintiendo a partes iguales odio y deseo.

Bueno, ¿y qué? Disfrutar con el sexo no era un delito, y mucho menos rastrero o deshonesto, como por ejemplo seducir a alguien por su dinero.

Entornando los ojos, tiró de un sillón con fuerza inusitada y se sentó. Del bolso sacó una pluma y una agenda de piel, la abrió y comenzó a escribir con trazos rápidos y firmes. A continuación tiró del papel en el que había estado escribiendo y se lo puso delante.

Era un cheque.

«¡Un cheque!».

Él no se movió. Se diría que su mentón era de basalto. No bajó la mirada.

–¿Qué es esto?

–No sé cómo funciona tu cabeza, Max, y tampoco quiero saberlo, pero sí sé por qué estás aquí. Por la misma razón que estuviste hace diez años: dinero. ¿Por qué no lo recoges y te largas?

La estaba mirando fijamente, con una expresión entre incrédula y burlona, pero había una tensión en él que no estaba antes.

–Qué curioso. No sabía que la gente hiciera estas cosas en la vida real.

Creía que solo en las películas…

–Ojalá esto fuera una película. Así podría dejarte en la sala de despiece.

Max contempló la sala, pero lo único que podía ver era aquel trozo de papel rectangular. Por supuesto que todo se reducía a dinero. Su relación siempre había girado en torno al dinero o, para ser más exactos, a su absoluta carencia de él.

Margot era una Duvernay, y los Duvernay no se casaban con advenedizos pobres. El aliento se le solidificó en los pulmones. Ni siquiera cuando los calificaban de familia y les abrían las puertas de sus casas y sus vidas.

Por un instante se dejó empapar por la ira y el dolor de los

recuerdos.

Oficialmente era un empleado, pero durante casi tres años lo habían tratado como si formara parte del clan y él, pobre idiota, se había creído el cuento de que, a pesar de que era la sangre la que emparentaba a las personas, la lealtad era la que te convertía en familia.

Más tarde, cuando su percepción no estaba alterada por el deseo y las emociones, le fue fácil ver que cualquier invitación que le hubieran hecho a su sanctasanctórum se había regido por sus condiciones, y nunca habían considerado extenderla hasta el punto de permitirle casarse con su hija.

Pero para entonces ya había perdido su trabajo, la casa y el orgullo. Lo habían dejado sin un céntimo y sin un ápice de poder.

Pero las cosas habían cambiado y, recostándose en el sillón, sonrió con frialdad.

–No es suficiente.

Margot apretó los dientes, y sus ojos oscuros brillaron de ira como un pedazo de turba puesta al fuego.

–Sí que lo es, créeme. ¿Por qué estás aquí, Max?

Él se encogió de hombros.

–¿No es obvio? Ahora soy accionista y director, así que he pensado que debíamos hablar.

–Podrías haber llamado por teléfono.

–¿Y perderme la diversión? –replicó, con la mirada puesta en el pulso que a ella le latía en la base del cuello–. Además, quería elegir despacho.

Ella contempló casi en trance cómo hacía un gesto vago que incluía toda la sala.

–Escoger una mesa… el papel de las paredes, quizás…

Margot cruzó los brazos para que no viera que le temblaban las manos.

Aquel sobresalto –el mensaje de su padre, Max y la compra de las acciones, su inesperada e indeseada reaparición en su vida– le estaba resultando insoportable.

–¡Ya basta! ¡Déjalo! Esto es una locura. No puedes pretender trabajar aquí.

Ni pretenderlo, ni desearlo.

–¿Hay algún problema?

–¡Por supuesto que hay un problema! Tú y yo… nuestra historia… no me importa la cantidad de acciones que compres, pero no vas a volver a poner un solo pie en esta sala de juntas. ¿De cuánto estamos hablando? –exigió saber, imprimiendo a su voz un

tono profesional–. ¿Cuánto quieres?

Esperó a que respondiera, pero no sucedió nada, y, cuando el silencio alcanzaba ya un límite fuera de lo normal, sintió un escalofrío de horror al verlo negar con la cabeza.

–No lo quiero, y menos aún lo necesito.

Ver la confusión y la duda de su mirada hizo que se sintiera tremendamente satisfecho. Comprar las acciones podía haber sido una locura en muchos sentidos, pero en aquel momento, teniendo a Margot delante sabiendo que había sido su presencia lo que la había obligado a presentarse, le pareció que valía la pena.

–Acepta el cheque o no lo aceptes. Me da igual. Pero esta conversación se ha acabado. Y ahora te sugiero que te marches antes de que sea yo quien te eche.

–Eso no va a ocurrir –su voz sonó normal, agradable incluso, pero ella sintió un escalofrío porque había un hilo de acero uniendo cada sílaba, un acero que brillaba también en sus ojos–. Ahora ya no soy un asalariado, nena.

Soy el director general de una empresa global de vinos y, lo que es más importante: a partir de hoy, soy director *bona fide* de esta empresa.

Hizo una pausa, y ella sintió que le faltaba el aire. Con el pulso desbocado se dio cuenta de que solo una estúpida subestimaría a un hombre como Max Montigny.

–De tu empresa –puntualizó–. Aunque eso puede estar a punto de cambiar.

–¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

–Puede que ahora vivas en un gran castillo, que tengas avión privado y limusina con chófer, pero he visto tus cuentas.

Margot fue a objetar, pero él simplemente sonrió y ella decidió guardar silencio.

–Tu padre me las enseñó. Y me han parecido bastante sombrías.

Desesperadas, incluso. Por supuesto todo tiene una pinta estupenda desde fuera, pero perdéis dinero como en una hemorragia.

Margot sintió que palidecía. Sus palabras estallaron dentro de su cabeza como granadas. De pronto estaba sorda, deslumbrada, girando ciega en la nube de polvo y ruinas del desastre que tanto se había esforzado por contener, luchando por respirar.

–Eso no es cierto. Hemos tenido unos meses difíciles, pero…

–Más bien los últimos cinco años –sentenció él, mirándola impasible–. Me has preguntado por qué estoy aquí. Ahí lo tienes. Esta es la razón. Tu familia está a punto de arruinarse y yo quiero

estar aquí para verlo.

Y siguió mirándola firme, sin pestañear, mientras ella le devolvía la mirada inmóvil, casi hipnotizada por sus palabras.

–¿De qué estás hablando?

–Hablo de venganza. Tu familia y tú me arruinasteis la vida, y ahora quiero ver cómo vuestro mundo revienta.

Margot negó con la cabeza.

–No. Tú me sedujiste, y luego me pediste que me casara contigo solo para poder echarle mano a mi dinero.

Él tardó un instante en responder. Luego se encogió de hombros, y fue ese gesto, la absoluta indiferencia hacia el hecho de que le hubiera destrozado el corazón, lo que le confirmó con toda claridad que hablaba en serio.

–Y pagué por ello. Tu familia y tú os asegurasteis de que lo perdiera todo.

Ni siquiera podía dar referencias mías. Ningún viñedo se atrevía a contratarme.

Recordando la sorpresa y la indefensión que había sentido en las horas y los días que siguieron al rechazo de Margot, se mordió con fuerza el labio inferior para que el dolor le ayudase.

–Ahora, te toca a ti –volvió a recostarse en el asiento–. He comprado las acciones solo para tener un asiento de primera fila.

Capítulo 2

MARGOT se quedó paralizada, muda de asombro, con el corazón dando bandazos en el pecho como un barco en la tormenta.

–¿Cómo te atreves? –la sangre le zumbaba en los oídos–. ¿Cómo te atreves a plantarte aquí, en mi sala de juntas, y…?

–Es fácil.

Le vio levantarse y estirar los brazos por encima de la cabeza para desentumecer los hombros y el cuello. Su aparente serenidad solo exacerbaba la ansiedad que ella sentía.

–Y será más fácil aún ver cómo los acreedores se llevan de tu despacho ese precioso escritorio Parnian hecho a medida.

–Eso no va a ocurrir –replicó ella, levantándose rápidamente al ver que se le acercaba, intentando ignorar el modo en que el pulso le daba saltos como un pez atrapado en una red.

–Ya lo creo que sí.

Se detuvo frente a ella, y sus ojos, aquellos hermosos e hipnóticos ojos, la clavaron al suelo aunque la cabeza le diera vueltas.

–Tu empresa está hecha un asco, nena. Es un asco sobredimensionado, inestable y ahogado por las deudas. ¿La Casa de Duvernay? ¡Yo diría más bien la casa de paja!

–Y tú eres el lobo, ¿no? ¿Vienes a soplar?

No debería haberle dicho eso, y no porque no pareciera de verdad un lobo en su intensa y hostil determinación por un lado, y en el poder contenido de su cuerpo por otro. Él sonrió, aunque en realidad pareció más que enseñase los dientes.

–No voy a necesitar hacerlo. No voy a tener que hacer nada excepto sentarme y contemplar cómo todo lo que amas, todo lo que te importa se te escapa entre los dedos.

–Eres un monstruo –susurró ella –. Un bárbaro de sangre fría. ¿Qué clase de hombre dice algo así?

–La clase de hombre que cree en el karma.

Quería hablar, quería negar sus acusaciones, demostrarle que se equivocaba. Pero el problema era que sabía que tenía razón.

Su empresa estaba hecha un desastre.

Su hermano Yves estaba resentido con sus glamurosos progenitores, pero se parecía más a Colette y Emile de lo que quería admitir, y cinco años después de su muerte aún estaba intentando deshacerse de las consecuencias de su dirección impulsiva e

imprudente, pero nada de cuanto había intentado parecía funcionar.

¿Cómo iba a hacerlo? Carecía de la visión de su bisabuelo, y de la determinación implacable de su abuelo. Tampoco era un rasgo de su personalidad la seguridad aplastante de Yves, sino más bien lo contrario. La responsabilidad de mantener intacto el legado familiar se le había ido haciendo asfixiante, y las dudas sobre su capacidad habían crecido al mismo ritmo que habían menguado los beneficios y, al final, había decidido poner el castillo como aval.

Le bastaba con pensarlo para que se sintiera físicamente enferma. No solo llevaba perteneciendo a su familia dieciséis generaciones, sino que en menos de dos meses iba a ser el escenario de la boda de su hermano Louis.

Había sido un último intento por tranquilizar al banco, pero no había funcionado. Max tenía razón. El negocio estaba fracasando.

En realidad ella era la que había fracasado, y pronto todo el mundo sabría la verdad que con tal desesperación había intentado ocultar.

Max respiró hondo sin dejar de mirarla.

Había esperado aquel momento durante casi diez años. Diez largos años de trabajar tan duro que solía quedarse dormido cenando. A diferencia de Margot, él había tenido que empezar desde abajo. Apretó los dientes. Su trabajo en Duvernay debería haberle abierto puertas en la industria, pero, gracias a su familia, esa escalera se había vuelto una serpiente venenosa.

Después de ser prácticamente desterrado de Francia, le había costado años recuperar la reputación, años en los que había trabajado horas sin fin en unos viñedos de Hungría durante el día y estudiado de noche, hasta que por fin tuvo la oportunidad de irse a trabajar a California.

Pero cada segundo de partirse la espalda había valido la pena para llegar donde estaba en aquel instante, y aunque las acciones habían sido caras, habría pagado el doble por disfrutar de aquel momento de reconocimiento.

Se le contrajo el pecho. ¡Por fin había demostrado que los Duvernay se equivocaban!

Ahora era su igual. Estaba allí, en su preciosa sala de juntas, y no como un empleado mal pagado, sino como accionista.

Quería saborear el momento, pero aunque Margot parecía muy sorprendida, estupefacta en realidad, no le estaba resultando tan satisfactorio como se había imaginado.

Confuso y aturdido por aquella inesperada situación, la miró en silencio.

Inmediatamente deseó no haberlo hecho porque, con la luz que le daba por la espalda, su ligero vestido blanco se volvió casi transparente y la silueta de su cuerpo se dibujó con total claridad, casi tanto como si estuviera desnuda.

Un golpe de deseo le recorrió las venas.

No es que necesitase ningún recordatorio, porque el cuerpo de Margot estaba grabado a fuego en su memoria y podía imaginársela con total nitidez tal y como la había visto tantas veces en aquellas tardes robadas que pasaban en el pequeño dormitorio de la casita que tenía en el viñedo. Arropada en sus brazos, con la curva de su vientre y de sus pechos brillando con los rayos del sol poniente y un pulso latiendo frenéticamente en la base de su cuello. En todas aquellas ocasiones había creído estar soñando. Había caído por completo en su hechizo, desbordado no solo por el deseo, sino por una emoción que, hasta conocerla a ella, siempre había descartado.

En un principio había intentado negar sus sentimientos, evitándola, y, cuando evitarla había sido imposible, se había mostrado distante casi al punto de resultar brusco, con la intención de que lo considerara un maleducado si así lograba mantener aunque fuese un mínimo de autocontrol.

Pero había sido muy duro, ya que su cuerpo estaba en llamas, la cabeza hecha un torbellino y los cinco sentidos en alerta permanente. La deseaba tanto, y durante un tiempo creyó que ella sentía lo mismo. En todo momento.

Inexorablemente.

«Incondicionalmente».

Y por ello le había pedido que se casara con él, albergando el deseo, la necesidad de que esa sensación de pertenecer a alguien y de que ella le perteneciera a él, no se acabara. No tenía palabras para expresar lo que sentía.

Estaba convencido de que tenía un lugar en su mundo, en su vida, pero obviamente se había equivocado.

Margot lo deseaba, pero su deseo enraizaba en la naturaleza transitoria y finita de una aventura, y más concretamente, en la excitación ilícita de estar saliendo con un empleado de su hermano mayor.

Sintió el despertar de la ira en su interior y examinó con la mirada la fila de retratos de Duvernay pasados y presentes.

Pedirla en matrimonio había sido su segundo error. El primero, creer que su relación con Yves era real, que significaba algo. Se había dejado cegar no tanto por la riqueza y el glamour de la familia, sino por su sentido de *contra mundum*, y la posibilidad de

verse admitido en su mundo había sido tremendamente irresistible para una persona con su pasado.

Su corazón comenzó a latir más deprisa.

Como un estúpido la había admirado y respetado por ser capaz de ver más allá del saldo de su cuenta y su pasado. Por elegirlo. Por correr ese riesgo.

Pero ahora sabía que el riesgo solo había sido suyo.

Los Duvernay le abrían las puertas de su casa, pero nunca lo habían considerado digno de unirse a ellos en su círculo íntimo de modo permanente.

Ni siquiera Margot. Especialmente ella.

Había creído que ver cómo la Casa Duvernay se venía abajo sería suficiente para borrar el escozor de la humillación y el dolor por haber sido desterrado y aislado, pero en aquel momento tuvo claro que había otra venganza mucho más satisfactoria: arrebatarle el control del negocio a Margot.

Era el único modo posible de exorcizar el ascendiente que tenía sobre él, de castigarla como se merecía. Su traición había sido la más personal y la más honda.

Por primera vez reparó en la pulsera que llevaba puesta, y rápidamente descifró la escritura que lucía en cursiva, y en aquel preciso instante vio cuál era el modo perfecto de lograr que su venganza fuera exquisita y personal.

–Me imagino cómo debes de sentirte…

Ella levantó la cabeza de golpe, y su pelo rubio claro atrapó la luz.

–Lo dudo –respondió, mirándolo a los ojos–. Tener sentimientos te haría humano, y está claro que careces por completo de humanidad.

Max apretó los dientes. Sentía por ella muchas cosas, pero por desgracia la mayoría parecían tener lugar en su entrepierna.

–Lo sé –insistió, acercándose–. Puede que pensaras que no tenía mucho que perder, pero gracias a tu hermano, perdí lo poco que tenía.

Margot parpadeó. Oír la mención de su hermano hizo que la rabia brotara de ella como en un manantial de agua hirviendo.

–Yves me estaba protegiendo.

–Sí. Destruyéndome a mí.

–Esa no era su intención –respondió ella, sorprendida por la furia que destilaba su voz.

–¿De verdad?

–Solo hizo lo que habría hecho cualquier hermano. No espero

que lo entiendas. No creo que puedas comprender sentimientos como la lealtad y el a…

No quiso decir lo que había estado a punto de decir, porque no solo lo había querido, sino que estaba perdidamente enamorada de él, con el cuerpo, el corazón y el alma. Pero había sido un amor humillantemente unilateral. O peor aún: la había cegado a lo que de verdad pensaba él.

Un espasmo de dolor le revolvió el estómago, y las palabras que él le dijo hacía ya tanto tiempo reverberaron dentro de su cabeza:

«Era solo por dinero. Lo nuestro. Por eso te pedí que te casaras conmigo.

Solo quería tu dinero».

Pero no iba a darle la satisfacción de que supiera hasta qué punto le había hecho daño, o lo fresco que estaba el dolor de su traición.

–Que a ti solo te importe el dinero no…

–Te refieres al dinero que ahora no tenéis, ¿no? Porque dime, Margot, ¿cuál es el EBITDA de Duvernay en este momento?

Sus miradas chocaron, y la ira y el resentimiento que cobró forma en aquella tierra de nadie que se extendía entre ellos la hizo encogerse.

Pero estaba decidida a defenderse como fuera, y se cruzó de brazos.

–¿Y qué más te da? ¿O es que también quieres regodearte en eso?

–No me regodeo –dijo él un instante después, encogiéndose de hombros.

Su tono, mucho más relajado, la pilló desprevenida.

–Es que me gusta conocer todos los hechos. Así es como dirijo mi empresa.

–Pues qué suerte tengo porque, pienses lo que pienses, Duvernay no es tu empresa –le espetó, alzando la cabeza y mirándolo desafiante y resentida.

Hubo un instante de silencio y luego su boca se curvó hacia arriba lentamente. A pesar de todo, Margot sintió que le aleteaba el pulso, porque su sonrisa seguía siendo muy difícil de resistir, y aunque quería negar su poder, estaba sintiendo que un estremecimiento le recorría la piel.

Y ni siquiera la había tocado.

–Por suerte para ti, todo eso podría estar a punto de cambiar.

Su sonrisa quedó olvidada y el miedo le secó la boca.

–Lo único que tienes que hacer es decir sí.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. A Margot le costaba respirar.

Algo estaba ocurriendo, algo indefinido pero importante.

–¿Sí a qué?

Max la miró a los ojos. Quería ver su reacción. Ver el momento del impacto.

–A casarte conmigo.

Margot se quedó clavada en el sitio. Se había quedado blanca, pero estaba demasiado ocupada tranquilizando el caos que se había desatado en su interior como para preocuparse por eso.

–¿Casarme contigo? ¡Estás loco! –se rio–. ¿Por qué iba a querer casarme contigo?

–¿Eso es un «no»?

Su rostro había permanecido inexpresivo, pero Margot se dio cuenta de que la ira crecía bajo su piel, aunque le dio igual. Lo único que quería en aquel momento era hacerle daño del mismo modo que él se lo había hecho… puede que no exactamente del mismo modo, porque para ello sería necesario que Max tuviese corazón, y sabía por la dolorosa experiencia propia que no era el caso. Pero al menos podía atacar el corazón que sí sabía que poseía Max Montigny: su orgullo masculino.

–Por supuesto que es un «no». ¿Quién podría resistirse a un hombre como tú, Max? ¡Sería el sueño de cualquier mujer casarse con un granuja mentiroso y manipulador como tú!

Hubo un tiempo en el que casarse con Max había sido su sueño. Cuando él y su hermano se presentaron a cenar una noche, levantó la mirada del plato y así, sin más, se enamoró.

Su presencia en su vida le había parecido siempre un milagro. La excitación de poder verlo, de hablar con él, había sido una especie de bendición, placer y dolor al mismo tiempo, porque era tan guapo, tan sexy, tan relajado y al mismo tiempo tan inalcanzable. Hasta que un día… ocurrió.

Y ella nunca se planteó por qué. Estúpida, inocente y enamorada por primera vez, no se imaginó cuál era la verdad hasta que aquella terrible tarde Yves se la descubrió.

–¿Te sientes mejor, o prefieres empezar a dar puñetazos junto con los insultos?

La voz de Max era tan fría y tóxica como el gas nervioso, y ella se irguió y se aclaró la garganta.

–Lo siento –dijo–, pero no se me ocurre, no me puedo imaginar en qué circunstancias has podido pensar que yo llegaría a considerar siquiera casarme contigo.

–¿Qué tal unas circunstancias en las que yo accediera a salvar tu empresa?

–¿Salvar mi empresa? –repitió Margot.

Él asintió.

–Si accedes a ser mi esposa –aclaró, mirándola fijamente–. Depende de ti, por supuesto.

Hablaba con una cortesía tan burlona que ella deseó atizarle con el bolso en la cabeza.

–También puedo marcharme. Tú decides.

El corazón le latía tan fuerte que no la dejaba pensar con claridad.

–No me estás dando a elegir. Lo que estás haciendo es chantaje.

–Sí, supongo que sí. Pero en cierto sentido, todos los negocios tienen un componente de chantaje –su rostro seguía impasible, y sus ojos fijos en los de ella–. Y eso es lo que es, Margot. Solo negocios.

La verdad era, por supuesto, que quería demostrarle a su familia que se había equivocado. Quería demostrar que era lo bastante bueno como para casarse con ella. Que su apellido tenía tanta importancia como el de ella. Pero sabía que no debía revelarle la verdad, porque denotaría debilidad admitir que la pobre opinión que tenían de él, la pobre opinión que ella tenía de él, seguía atormentándolo.

–A diferencia de ti, yo no tengo la costumbre de gastar dinero en una empresa sin futuro, y las acciones de tu padre son inútiles si Duvernay entra en bancarrota.

Margot respiró hondo y se preparó para recibir un golpe.

–¿Y eso qué tiene que ver con casarte conmigo?

Max percibió la aprensión en su voz y dejó que sus siguientes palabras reverberasen por la estancia.

–¿No resulta obvio? Me casaré contigo, y a cambio, tú me darás tus acciones. De ese modo seré el accionista mayoritario de Duvernay, y podré dirigir la empresa como me parezca –sonrió–. Es decir, generando beneficios.

–Eres tan arrogante…

–No debería resultar demasiado difícil. Francamente, podría darle la vuelta a esta empresa antes de que un corazón haya tenido tiempo de latir dos veces–dijo, mirando a su alrededor.

–¿Y no crees que para eso tendrías que tener un corazón, Max?

–Y lo tengo, Margot –sonrió–, y lo que es mucho más importante: a diferencia de tu hermano, también tengo cabeza para los negocios.

–No quiero saber lo que piensas de mi hermano, y tampoco

quiero tu dinero –le espetó.

Él la miró sin perturbarse.

–Estoy seguro de que no, pero, que lo quieras o no, es irrelevante. La cuestión es que lo necesitas.

–Yo no…

Maz hizo un gesto con la mano apartando sus palabras como si fueran una especie de insecto irritante.

–Lo necesitas. Y, francamente, cuanto antes, mejor. Te daré total libertad con los preparativos de la boda… –la observaba con pereza, como si ya hubiera dado su consentimiento–, aunque me niego a llevar uno de esos chalecos estampados. Cásate conmigo, dame el control sobre nuestros destinos y haré que tus problemas desaparezcan.

–Lo dudo. En mi opinión, tú eres mi mayor problema. Eres un presumido, un egoísta y careces por completo de sensibilidad.

Él sonrió.

–¿Por eso soy dueño ahora de un tercio de tu empresa?

Conteniendo el impulso de abofetearlo, Margot clavó la mirada en el jardín. ¿Cuánto tiempo pensaría seguir con aquel juego? Porque estaba claro que, para él, lo del matrimonio era eso: un juego que pretendía humillarla todavía más.

«Entonces, deja tú de jugar», se dijo. «Eres la directora general de un negocio global, y no una boba de diecinueve años».

Con una fuerza que la sorprendió, se volvió a mirarlo a los ojos.

–No voy a entregarte mis acciones, Max. Y por supuesto, tampoco voy a casarme contigo.

Su expresión no cambió, pero a ella le pareció algo menos segura que antes, y un momento después, se dio cuenta de por qué.

–¿En serio?

–Tú y yo fuimos un error que no voy a repetir. No estamos hechos para casarnos.

–¿Por qué no? Yo soy un hombre, y tú, una mujer. No hay obstáculos que nos impidan dar el paso.

–¿Aparte del odio que nos tenemos, quieres decir?

Él volvió a mirar a su alrededor.

–¿Te das cuenta? Por eso tu empresa va tan mal, nena. Te resistes demasiado a los cambios, a las ideas nuevas.

–Vaya. ¡Cuánto lo siento! No sabía que el chantaje estuviese tan de moda.

Él se rio y, antes de que pudiera evitarlo, antes incluso de darse cuenta de que lo hacía, también ella se rio. ¿Cómo no, cuando su sonrisa había borrado la burla de su rostro, haciéndole parecerse de

aquel modo al joven que fue?

Y ella, como la tonta que era, sintió que bajaban sus pulsaciones y experimentó una necesidad sobrecogedora de tocar la curva de sus labios, de sentir otra vez la firme presión masculina de su cuerpo contra el suyo.

Le ardieron las mejillas y respiró hondo. ¿Cómo podía reírse con él, después de todo lo que le había hecho? ¿Y cómo podía permitirse sentir otra cosa distinta al odio y al desprecio por un hombre que la estaba acorralando en una esquina, exigiéndole que le entregase algo que le era imposible dar?

–¿Qué era lo que decías antes sobre el odio mutuo? –le preguntó él.

La nota burlona había vuelto, y ella lo miró desafiante.

–Que seas capaz de hacerme reír una vez, no significa nada.

Pero sí que significaba algo. Lo reflejaba su voz. Reflejaba todo lo que ella no quería que escuchara o que supiera sobre lo que sentía, y por eso aquella conversación tenía que cesar ya.

–Es posible que tengas cabeza para los negocios, Max, pero tu comprensión de la naturaleza humana es cero. Si… y digo «si», fuéramos a casarnos, no estaríamos hablando en una sala de juntas –un dedo de hielo le recorrió la espalda–. Tendríamos que vivir juntos. Compartir casa.

«Compartir cama», añadió en silencio.

–Compartir nuestra vida –continuó–. ¿Y cómo vamos a hacer eso? Ni siquiera podemos estar en la misma habitación sin…

Pero no terminó la frase porque cometió el error de mirarlo y al instante las palabras se le congelaron en la garganta.

Sintió una tensión dolorosa por todo el cuerpo, y las piernas comenzaron a temblarle como le ocurrió la primera vez que lo vio. Vestido con unos vaqueros viejos, una camiseta que se le ceñía a los músculos de los brazos y unas gafas de sol, parecía un cóctel con una parte de glamour y dos de serenidad. Luego se había quitado las gafas, y había sido como si un trueno le estallara en la cabeza.

Con el tiempo se había acostumbrado a su físico, por supuesto, pero al menos una vez al día la pillaba con la guardia baja, y al parecer nada había cambiado. Seguía teniendo la misma capacidad de privarla de sus impulsos más básicos, como respirar y hablar.

–¿Sin qué?

El aire pareció cargado de pronto con un tipo distinto de tensión, y su voz se había vuelto más suave. Demasiado suave. Tanto que la sentía deslizarse por su piel como una caricia, tan cálida y tentadora que…

¡Y tan engañosa! ¿De verdad no había aprendido nada de lo que había pasado entre ellos?

Cruzó los brazos delante de su pecho para protegerse del empuje del pasado.

–No importa.

–Sí que importa. Es que necesito una respuesta.

–No esperarás que te la dé aquí y ahora…

–En realidad, sí que espero que lo hagas.

El pulso se le aceleró cuando le vio consultar el sencillo reloj que llevaba en la muñeca.

–Los tratos tienen un plazo de validez, y en este caso el plazo expirará cuando yo salga por esa puerta.

–¡Pero eso no es justo! Necesito tiempo para…

–Yo necesito una respuesta, y, si quieres justicia, en realidad has tenido diez años.

–No puedes comparar lo que pasó entonces con esto –sintió que se le revolvía el estómago. No podía estarle diciendo que su «proposición» enraizaba con lo ocurrido tantos años atrás–. Esto no se parece en nada.

–Estoy de acuerdo. Esto es mucho mejor.

Lo miró con la boca abierta y sin saber cómo interpretar sus palabras.

–¿Mejor? ¿A qué te refieres?

–Es más sencillo. Más transparente –él bajó la mirada a su cuello y luego al escote del vestido–. Lo que ves es lo que te llevas y, a pesar de que te empeñas en decir que nos detestamos, yo creo que podemos estar de acuerdo en que a los dos nos gusta lo que vemos.

Margot quiso mostrar su desacuerdo. Quiso responderle con algo que le golpease en la cara, pero no se atrevió a hablar. Lo miró a los ojos. No podía estar dándose cuenta de cómo se sentía, ¿no?

Pero, como si le leyera el pensamiento, Max alargó el brazo y le acarició el largo cabello rubio, y con aquel contacto no solo consiguió acercarla, sino devolverla a un pasado del que, en realidad, nunca se había liberado.

–No puedo darte tiempo, Margot, pero puedo darte una razón para que te cases conmigo.

La miraba a la cara, y sus ojos parecían querer abducirla.

–Ya me has dado una razón, Max. Se llama chantaje –le espetó.

Hubo un momento de silencio, hasta que su mirada abandonó sus ojos y se clavó en su boca. De pronto sentía la piel demasiado tensa, demasiado caliente, y tuvo una sensación de *déjà-vu* cuando él dio un paso más.

–La verdad es que tengo una razón mejor.

Durante una fracción de segundo, su cabeza le gritaba que se diera la vuelta, que echara a correr, pero, cuando sus labios se posaron en los suyos y el calor le invadió el cuerpo, instintivamente apoyó las manos en su pecho, pero no para apartarlo.

El contacto de su boca, sus manos en la cintura, su cuerpo, le era tan familiar, tan embriagador que para no responder no tendría que ser humana.

Lo sentía cálido, sólido y real, más real que cualquier otra cosa de la habitación o del mundo.

Imposible negarlo, imposible resistir. El dolor y la tristeza de los últimos diez años se estaba transformando en un placer que no había esperado volver a sentir, un placer que solo había encontrado en los brazos de Max.

Pero todo había sido una mentira, un frío intento de seducción. Él no había sentido nada. Ni entonces, ni ahora.

Y así, el hechizo quedó roto. Con el corazón aún desbocado, se liberó y lo apartó.

Le ardía la cara, pero esa vez, por la humillación. ¿Cómo había permitido que ocurriera? ¿Por qué se había entregado a aquel hombre? Un hombre que no sentía nada por ella y que había utilizado sus sentimientos como arma contra ella.

Pero aquel no era el momento de permitir que los sentimientos se interpusieran en el camino de los hechos. La empresa no solo atravesaba momentos difíciles, sino que se encaminaba a la bancarrota. Cuando la empresa colapsara, la familia quedaría expuesta a la luz pública, humillada. Y aún peor: sin casa.

No quería casarse con Max, pero, sin su dinero, su vida y la de su familia, la vida que todos daban por sentada, no solo sería difícil, sino que dejaría de existir. ¿Cómo iba ella… cómo iban todos a ser capaces de asumir que debían vivir como la gente normal?

Si quería que aquello funcionara, una vez más tendría que anteponer a su familia por encima de sí misma. Tendría que mentir y guardar secretos. Pero ¿qué otra opción tenía?

Por el momento, Max era su única opción. Sin él, todo estaba perdido.

Calmó la respiración, como un nadador listo para saltar del trampolín y a continuación, antes de que pudiera cambiar de opinión, dijo:

–De acuerdo. Me casaré contigo. Pero tiene que parecer real. Una boda de las de toda la vida. Tendremos que hablar de ello como es debido.

Si con ello pretendía reafirmar su poder, el intento carecía de sentido. No estaba en disposición de exigir nada y lo sabía, igual que él, y no esperaba que dejase pasar la oportunidad de hacérselo saber, pero así fue. Se limitó a asentir, como si le hubiera pedido que le enviase la copia de una factura.

–Por supuesto. Estaremos en contacto.

Y de pronto, se encontró sola.

Capítulo 3

UNA HORA después, entraba en la suite del hotel de París. Max lanzó el móvil a uno de los sofás de terciopelo de la zona de estar.

No sabía si sentirse entusiasmado, estupefacto o directamente furioso.

Debería estar de camino a Longchamp. Tenía que entregar el trofeo al ganador de una carrera importante, y normalmente le gustaba mucho ir a las carreras. Un sitio en el que se dieran cita corredores de apuestas, caballos rápidos y mujeres hermosas era siempre una combinación ganadora.

Pero al salir de las oficinas de Duvernay le había pedido a su asistente que lo cancelase. No le quedaba otro remedio. Margot no solo se le había metido bajo la piel, sino que reverberaba en su cabeza. Cada palabra, cada gesto, se repetía en un círculo vicioso como uno de esos resúmenes de noticias a los que es imposible dar la espalda.

Pero ¿por qué? Había logrado lo que se proponía, ¿no?

¡Todo debería haber sido tan sencillo! Llevaba una década planeando su venganza, trabajando para lograr que llegase el momento en el que poder demostrarle a Margot, a su hermano, a toda la maldita familia que se habían equivocado con él.

Y todo había funcionado como estaba previsto… hasta el momento en que la vio entrar en la sala de juntas. Mentalmente volvió al momento en que la vio entrar con aquel vestido, un vestido que, a pesar de sus credenciales de alta costura, le había traído a la memoria recuerdos de veranos desenfadados, de canciones sonando en la radio del coche y del olor de una piel desnuda caldeada por el sol.

La piel desnuda y caliente de Margot.

Parpadeó. No era de extrañar que se hubiera dejado llevar por la compulsión de actuar así. De proponerle matrimonio y besarla. Tenía el cerebro como goma de mascar.

Se aflojó la corbata y la lanzó en la misma dirección que el teléfono.

Furioso por el impacto devastador de Margot en su estado de ánimo y su cuerpo, examinó la exquisita habitación, como si el opulento mobiliario *fin de siècle* y los enormes espejos de marcos dorados pudieran ofrecerle alguna clase de antídoto. Como no fue así, atravesó el salón y abrió el ventanal para salir a la terraza.

Frente a él, la Torre Eiffel se dibujaba en el horizonte. Normalmente aquel monumento icónico le inspiraba, pero al mirarla en aquel momento, la encontró insustancial. Insustancial como la lógica que había guiado sus actos más recientes.

Se aferró a la balaustrada y respiró hondo antes de repasar por enésima vez los acontecimientos de aquella mañana, intentando encontrar los motivos que lo habían empujado a actuar así.

Comprar las acciones de Emile había sido un lujo, pero había servido a un propósito: ganar un sitio en el Consejo de Administración de Duvernay y tener la ocasión de enfrentarse a Margot.

Un enfrentamiento que debería haber terminado ahí, y así habría sido, de no haberle pedido que se casara con él.

Cerró los ojos. En aquel momento, casarse con ella y apoderarse de sus acciones le había parecido el paso más razonable, el único modo de saciar su sed de venganza.

Pero ahora, analizando la sucesión de acontecimientos que él mismo había desencadenado, lo cierto era que sus actos se habían visto impelidos no solo por el deseo de poseer Duvernay, sino por un deseo de poseer a Margot, la única mujer que había dejado una huella en su alma.

Nada de todo aquello habría ocurrido si se hubiera ceñido al plan. Si hubiera impedido que las cosas entrasen en lo personal.

Pero no lo había hecho porque Margot le había importado como ninguna otra mujer, y es que había sido como ninguna otra mujer que conociera.

Antes de ella, estaba permanentemente desesperado por ganarse el respeto y la respetabilidad, y al mismo tiempo resentido por tener que seguir ganándose ambas cosas, pidiéndolas, esforzándose en conseguirlas.

Ella había sido su serenidad. Su salvación.

O eso había creído él, hasta aquella noche en que le tiró a la cara su proposición como si fuera una copa de vino. Desde entonces había llevado su dolor y su resentimiento como si fuera una nube oscura de tormenta, una nube que había estallado en aquella sala de juntas al verla.

Creía que no iba a estar tan hermosa como la recordaba, ni tan deseable, pero se equivocaba. ¡Se equivocaba por completo!

Su cuerpo había respondido al suyo con una rapidez y una intensidad que nunca había experimentado con otra mujer. Y en cuanto a su aspecto…

En eso también se había equivocado.

Con diecinueve años, poseía una belleza que ya escapaba a toda contención. Un perfil de líneas puras, unos ojos castaños de mirada evocadora, unas piernas insultantemente largas… una mezcla de indecisión juguetona y seriedad, poco común en una persona tan joven.

Sin embargo, aquella mañana no habría estado fuera de lugar en la pasarela de la Semana de la Moda de París, o mejor aún, dando vueltas por el *paddock* de Longchamp con los demás purasangre. Porque había crecido, tal y como sugerían sus largas piernas, y no había ni rastro de su indecisión. Solo el mohín de sus labios y la sencilla melena rubia recordaban a la joven a la que había pedido en matrimonio hacía tantos años.

Si es que aquella joven hubiera sido real. Pero ahora sabía que solo había existido en su cabeza.

Entonces, ¿con quién se iba a casar? Y lo que era quizás más importante, ¿por qué estaba decidido a seguir adelante con una decisión tan impulsiva e irreflexiva?

Respiró despacio y su mente lo llevó a aquel primer y último verano que pasaron juntos. Un verano de amor, de amor secreto y robado.

Margot le había dicho que necesitaba encontrar el momento adecuado para contárselo a su familia. Acurrucados en el dormitorio de la casita que le prestaban con su puesto de trabajo, nunca se había sentido tan bien, tan en su sitio, ni siquiera la primera vez que puso el pie en un viñedo.

Todo había sido nuevo para él, nuevo y precioso. Temía que, cuando se hiciera público, aquella burbuja de felicidad acabara al instante, pero nunca se había imaginado hasta qué punto podría ser catastrófico ese cambio… aunque quizás lo había sospechado. Quizás siempre había sabido que tanto secretismo y tantas dudas emanaban no de un deseo de prolongar la dicha perfecta de su relación, sino del convencimiento de que él solo era bueno para el sexo, y que un día lo desecharía como en las cosechas se desechaba el pellejo inútil, la pulpa, la semilla y los tallos de los racimos. Le estaba costando trabajo respirar.

Pero aquella vez, iba a ser distinto. Aquella vez, no habría secretismo, ni encuentros furtivos. Iba a casarse públicamente con Margot Duvernay, heredera y aristócrata del vino.

Contemplando la ciudad, sonrió.

Margot cerró el grifo de la ducha y respiró hondo. El gel de camelia y jazmín prometía calmar cuerpo y mente, pero a juzgar por lo acelerado del latido de su corazón, no había resultado lo

bastante potente.

Pero siendo justa, no podía culpar al gel. Como no fuera una ingente cantidad de alcohol, o una conmoción cerebral, nada podría borrar el recuerdo de su encuentro con Max Montigny.

Se envolvió con una esponjosa toalla. Que alguien hubiese comprado las acciones de su padre habría sido extraño pero soportable, pero su encuentro con Max había sido más bien como una batalla de gladiadores, una reunión con tan solo un asunto en la agenda: una proposición de matrimonio.

Una proposición que ella había aceptado.

La boca se le quedó seca porque el miedo a lo que había accedido ascendió en espiral por dentro de su cuerpo como si fuera un enjambre de abejas.

El pánico no iba a cambiar los hechos, y estos eran bien simples. No solo había accedido a transferirle sus acciones, sino que también había accedido a casarse con él.

Sabía que aceptar el dinero de Max era el único modo de salvar su empresa y a su familia, y, si para ello tenía que cederle sus acciones y casarse con él, pues lo haría.

Sintió que se le encogía el estómago, y parte de su determinación comenzó a hacer aguas. Ojalá tuviera a alguien en quien confiar. No es que no tuviera amigos, pero los amigos estaban para la diversión, para salir por las noches, para ir de compras. Después de tantos años de mantener el drama Duvernay oculto, ¿qué podía decir? ¿Por dónde empezar?

Tampoco podía compartir sus temores y ansiedades con la familia, porque confiaban en ella para que fuese la fuerte, la firme, la que se preocupara.

Si hubiera alguien a quien confiarle su carga… Esbozó una titubeante sonrisa. Alguien como un marido.

Tenía que escapar de aquel bucle en el que se había metido su pensamiento, de modo que entró en el vestidor, de un tirón sacó unos viejos vaqueros, una camiseta con escote en uve y un chal gris.

Ojalá pudiera desaparecer. Subirse en el coche y conducir. Abandonar Francia, Europa… o mejor aún: hacerse astronauta.

Se ató el chal con furia. ¿Y qué? Podía escapar de Max, y del desastre en que se había convertido su empresa, pero nunca podría escapar de sus sentimientos. Aun estando flotando a miles de kilómetros de la tierra, seguiría preocupándose por su familia e intentando manejar el caos que habían provocado.

Eso era lo que hacía, lo que había hecho siempre desde la infancia, durante las muchas veladas y fines de semana en los que la

volátil relación de sus padres se volvía un tiovivo de acusaciones y negaciones y en las que ella tenía siempre que actuar de intermediaria, inventándose alguna historia para contar a las doncellas sobre por qué se había roto aquel jarrón, o por qué la ropa de su padre estaba tirada en el césped. Yves, por supuesto, hacía mucho ya que se había marchado a esconderse en casa de algún amigo, y Louis era un bebé.

Y ahora iba a tener que seguir mintiendo y ocultando secretos para el resto de su vida.

Le sobresaltó el timbre del teléfono. ¿Sería Max?

Le dio un vuelco el corazón y entró rápidamente en el dormitorio. El teléfono se movía de un lado al otro, sobre la pulida superficie de la cómoda.

Era Louis, que llamaba desde la despedida de soltero que estaban celebrando en Marrakech.

Louis había sido demasiado joven para darse cuenta de las turbulencias que azotaban al matrimonio de sus padres, pero por el contrario había heredado las mejores cualidades de sus progenitores. Era guapo y encantador como su padre, y poseía la espontaneidad de su madre. Todo el mundo lo quería, y a cambio de aquel regalo de amor universal, él quería que todo el mundo fuese feliz. Particularmente, ella.

Ya había empezado. Ya estaba mintiendo y guardando secretos. Pero no estaba preparada. No estaba lista para mentir a su hermano, y menos aún tratándose de una llamada con imagen, pensó al ver el icono de la cámara iluminarse.

Pero iba a tener que hacerlo. ¿Cómo anunciar de pronto que iba a casarse

con un hombre al que ni siquiera había mencionado antes? Solo imaginarse la expresión de su cara hizo que se le contrajera el corazón. ¿Es que nunca acabaría? ¿Es que nunca sería libre para vivir sin más?

Respiró hondo, recogió el teléfono y deslizó un dedo por la pantalla.

–¡Louis! ¡Qué alegría oírte! –sonrió a su hermano, pero el pecho le dolía al respirar–. ¿Qué tal es Marrakech?

–¡Increíble! Me siento como si estuviera en un plató de cine. Me sorprende que no hayas estado aún aquí.

A veces, cuando hablaba con su hermano, sentía una especie de sorpresa sabiendo que era familia de una persona tan normal y equilibrada. Para él, Marrakech era solo un destino hermoso y lleno de glamour. El telón de fondo perfecto para una semana de

hedonismo. El hecho de que su familia poseyera un palacio en la ciudad vieja era solo una feliz coincidencia.

Sin embargo, para ella, el Palais du Bergé siempre sería el lugar al que sus padres huían tras sus muchas discusiones, pero Louis no necesitaba saberlo.

Esa era la otra razón por la que había accedido a casarse con Max: Louis necesitaba ser protegido de la verdad, y el dinero de Max junto con su silencio asegurarían esa protección.

–Ah, ya sabes… –se aclaró la voz–. Es que nunca me he puesto a ello.

Siempre estoy demasiado liada. Pero no hablemos de eso ahora. Cuéntame qué has hecho.

–No te llamo para hablar de mí, Margot.

Louis parecía inusualmente serio.

–Entonces, ¿de qué quieres hablar?

–Quiero hablar de ti y de por qué estás en Francia cuando se suponía que ibas a estar en Mónaco. ¿Es esta tu forma de decirme que sigues pensando que no debería casarme?

Margot hizo una mueca. Con el lío de Max, se había olvidado por completo de Gisele y Montecarlo.

–No, claro que no. Y yo no he dicho que no aprobara tu boda. Solo estaba preocupada… es que los dos sois muy jóvenes.

–Entonces, ¿por qué te has ido?

–Ay, Louis, lo siento de verdad. Quería quedarme, te lo prometo, pero es que surgió algo que…

–¿Algo, o alguien?

Sus palabras le colapsaron la cabeza y su cuerpo reaccionó como una liebre que hubiera percibido la sombra de un halcón: se quedó inmóvil, encogiéndose sobre sí misma. Sin hacer ruido, se sentó sobre la cama.

–¿Y bien? ¿Vas a contarme lo que quería, o no?

Su hermano mostraba impaciencia, pero ella apenas se dio cuenta de su cambio de registro, tan grande era su angustia por el modo en que partes de su vida que tanto se había esforzado por que permanecieran separadas, ahora convergían violentamente.

–Sí, claro –empezaban a dolerle las mejillas de tanto sonreír–. Es que no quería incordiarte mientras estabas fuera. Me ha parecido que sería más fácil que lo manejara por mi cuenta.

Oyó suspirar a su hermano.

–Desde luego, sabe ser oportuno, ¿eh? Jamás ha hecho ningún esfuerzo por mantener una relación conmigo, y ahora que ni siquiera estoy en el país, va y me deja un mensaje.

Margot parpadeó confusa.

–¿Qué mensaje?

–¡Exacto! ¿Qué mensaje? Debía de estar bebiendo, porque no decía más que tonterías, y al final me dijo que, en realidad, no quería hablar conmigo.

Que estaba intentando contactar contigo y que no lo lograba –hubo un momento de silencio–. Bueno, ¿entonces, qué? ¿Qué era tan increíblemente urgente que el gran Emile Lehmann se dignase a llamarme?

El alivio fue tan intenso que ella solo quería echarse a reír… o a llorar.

–Solo quería hablar de una fusión.

–¿Que quería dinero, quieres decir? ¡Venga, Margot! ¿Sabía dónde estaba, o lo que estaba haciendo? No, claro que no –se contestó él mismo, exasperado–. ¿Por qué iba a saber algo de mi vida? Solo soy su hijo.

En su voz apareció algo más que exasperación: dolor.

Cuando sus hermanos y ella se fueron a vivir con los abuelos, Yves se negó a volver a ver a Emile. Siempre se había mantenido a distancia del comportamiento de sus padres, así que quizás pensó que distanciarse físicamente de un padre al que consideraba débil y vergonzante, era el siguiente paso lógico.

Sus abuelos debían de pensar igual, porque no hicieron nada por disuadirlo. Tampoco animaron a Louis a mantener el contacto con su padre.

De hecho, solo ella lo mantenía.

Respiró hondo. Su padre debería haber hecho más, pero sus abuelos se lo pusieron tan difícil que, al final, desistió.

–No era solo por negocios –se apresuró a decir–. Quería enviaros a Gisele y a ti un regalo de bodas.

La mentira le salió con tal rapidez que casi se la creyó, y para cuando llegase el momento de la boda, ella misma elegiría el regalo y obligaría a Emile a mandárselo.

–Creo que se sentía raro.

–¿Eso lo ha dicho él? Me sorprende que ni siquiera se acordara de que me caso –Louis hizo una pausa–. Pero ¿por eso has tenido que irte de Montecarlo?

Margot no pestañeó.

–Ha habido un problema en el trabajo. No ha tenido nada que ver con Emile. Pura coincidencia. ¿Le ha parecido mal a Gisele?

–Un poco, pero como en realidad no pensaba que fueras a ir…

–¡Yo quería ir! Y me lo estaba pasando bien.

–¡Mentirosa! –Louis se rio–. Odias las fiestas temáticas.

Ella también se echó a reír, y por un instante quedaron solos los dos, y la vida volvió a ser sencilla y alegre.

–Cierto, pero soy humana… y te advierto que hay algo extrañamente irresistible en un corsé de encaje y unos mitones.

Quería oírle reír otra vez, y escuchar su silbido de admiración le hizo sentir una oleada de amor por él.

–¡Dime que hay fotos, por favor!

–Podría ser. Pero lo que pasa en la despedida de soltera, se queda en la despedida de soltera.

–Entonces, ¿lo has dejado todo arreglado?

El cambio de tema la pilló desprevenida y tardó un instante en comprender la pregunta. Sin pretenderlo, Louis había introducido a Max en la conversación y ella volvía a estar en la sala de juntas, a escasos centímetros de él, con la conexión entre ellos como una fuerza viva e intensa de la naturaleza…

–Sí –respondió tras aclararse la garganta–. Todo está solucionado.

¿Acceder a casarse con un hombre al que detestas para salvar a tu familia de la humillación pública contaba como «solucionar»?

Pues sí. No iba a tener el fututo que se imaginaba, pero sería mucho mejor que cualquier otro sin la inversión que Max iba a hacer en la empresa.

–Estás hecha una jefaza, hermanita.

Sonrió. Louis no sentía interés alguno por la empresa, pero la admiración que suscitaba en él su hermana era llana y sincera, y volvió a sentir otra ráfaga de amor por él.

–Así que me imagino que tendrás pensado darle a ese nuevo *terroiriste* una buena lección. ¿Ya te has reunido con él?

–¿De quién me hablas?

–Ya sabes… de ese tal Max Montigny. Guillaume habló con él en el club de campo y le dijo que tiene expectativas de trasladarse a la región. Al parecer, ya le tiene echado el ojo a uno de los viñedos más importantes.

La sorpresa de oír pronunciar a Louis el nombre de Max fue intensa, aunque no tanto como saber que las intenciones de Max eran del dominio público. Eso lo volvía todo más importante, más centrado, más urgente.

–¿Y qué te dijo Guillaume?

Guillaume era el padre de Gisele, un industrial que había hecho fortuna en el sector de las telecomunicaciones y que ahora pretendía pasarse a la política.

–¿De qué? ¿De Montigny? Ah, bueno, a él le gusta… pero también dijo que no lo tenía calado. Que tenía pinta de estrella de cine, pero que hablaba como los banqueros, eso sí, hasta que la conversación llegaba a los vinos.

Entonces parecía un revolucionario –hizo una pausa, como si él tampoco comprendiera a Max–. Pero no creo que tengas que preocuparte por él, condesa de Duvernay.

Margot sonrió. Era su mote de la infancia. Yves y Louis se lo llamaban cuando les parecía que estaba siendo demasiado mandona. Un título vacío para una mujer que se había intercambiado como una propiedad, casándose por dinero y no por amor.

–¿Tú crees?

Ni la pequeñez de la pantalla logró disminuir la intensidad de la sonrisa de su hermano.

–Desde luego. Si alguien puede manejarlo, eres tú.

Estrella de cine. Banquero. Revolucionario. «Chantajista».

¿Manejarlo?

Capítulo 4

AGUA con gas o sin gas?

Margot sonrió educadamente al camarero.

–Sin gas, por favor.

Y miró a Max. Sentado al otro lado de la mesa, hablaba de vinos con el sumiller del hotel. Estaban comiendo en su suite. Hacía una hora que le había enviado un mensaje citándola, y aunque le molestaba que lo hubiera hecho con tan poco tiempo, seguro que deliberadamente, al menos sentía alivio de no tener que esperar a la cena.

Aunque, ahora que estaba allí, no podía evitar sentirse incómoda, casi como si fuera una concubina.

Tenía grabado a fuego hasta el último detalle de su encuentro del día anterior, y aunque había sido doloroso y humillante tener que aceptar su proposición, de las muchas emociones a las que había tenido que enfrentarse, la principal no era la ira, ni siquiera la tristeza, sino, sorprendentemente, el alivio. Desde que Max se había ofrecido a casarse con ella y a revertir la situación de su empresa, por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, parte del peso aplastante de la responsabilidad que cargaba sobre los hombros parecía haberse aliviado.

Por fin habría alguien a su lado. Alguien que le guardaría las espaldas. Se estremeció. Seguía pareciéndole extraño poner su vida y el futuro de su familia en las manos de Max Montigny.

Cuando unos minutos antes, después de retrasarse deliberadamente más de diez, lo había visto avanzar hacia ella vestido con vaqueros y una camiseta gris, el corazón se le había acelerado de nuevo y se había visto obligada a enfrentarse a la verdad: que la respuesta de su cuerpo en la sala de juntas no había sido algo puntual y que, aunque seguía detestándolo, su belleza aún podía reducir el mundo a un mero escenario.

–Bien.

La voz de Max se abrió paso en la confusión de sus pensamientos y sus miradas se encontraron.

–Gracias, Jean-Luc –dijo, sin dejar de mirarla a los ojos, para despedir al sumiller–. Espero que no te importe, pero he pensado que sería más fácil que eligiera yo el vino. Para ahorrarnos discusiones –añadió, esbozando una sonrisa.

–Claro.

–Tienen una carta espléndida. Vinos fuertes de pequeños productores –hizo una mueca–. Aunque he de decir que me rechazaron cuando estaba empezando.

Margot lo miró sin comprender por qué, al igual que ocurría con el resto de su vida, el ascenso vertiginoso de Max para alcanzar el éxito era un misterio para ella.

–Ha debido de ser… difícil –respondió, cauta–. Es increíble lo que has conseguido.

Él se encogió de hombros.

–He trabajado duro, y me ha ayudado bastante que hayamos recibido unas críticas estupendas por parte de las publicaciones especializadas.

Ella asintió, pero apenas asimiló sus palabras. Estaba demasiado distraía por la rapidez con que evolucionaba su relación. El día anterior, se habían lanzado el equivalente verbal de unos misiles el uno al otro y, sin embargo, allí estaban aquel día, hablando casi con normalidad, como cualquier pareja que quedara a comer.

Cortó un trocito de su rollo y se lo llevó a la boca. Eso era lo que ella quería, ¿no? Un acuerdo civilizado, libre de sentimientos desestabilizadores y de hechos aún más desestabilizadores.

De nuevo recordó el beso en la sala de juntas, los placeres enterrados pero no olvidados, la huella gloriosa de sus labios y de sus manos en la piel…

El sumiller volvió y, con el corazón en la garganta, esperó a que les sirviera.

–¿Es esa la razón de que hayas escogido este sitio? –inquirió, una vez volvieron a estar solos–. ¿O ha sido el atractivo de la puerta negra?

Se refería a la famosa entrada oculta que tenía aquel edificio y que permitía a una clientela selecta y a sus invitados entrar y salir sin tener que enfrentarse a las cámaras de los paparazzi.

–Me temo que lo primero. Yo no tengo nada ni a nadie a quien ocultar de la prensa –sus ojos brillaban divertidos–. Ay, lo siento. ¿Era ese el modo Duvernay de decirme que piensas quedarte a pasar la noche?

Lo miró dudando entre la furia por su arrogancia y la desesperación por el golpe de calor que le habían suscitado sus palabras.

Tomó otro trozo de pan y lo untó de mantequilla con violencia.

–Si lo dices en serio, es que tienes una imaginación demasiado atrevida.

–No necesito tener imaginación para recordar cómo eran las

cosas entre nosotros, Margot.

Ella sintió que los huesos se le derretían, y prefirió malinterpretarlo deliberadamente.

–Tendré que fiarme de tu palabra –dijo–. Ha pasado tanto tiempo de lo que hubo entre nosotros, y fue tan breve, que apenas lo recuerdo.

–¿Ah, no?

Sus palabras le rozaron la piel como una caricia, y le dedicó una sonrisa que hizo que se le nublara la visión. Apretó los puños, avergonzada por la facilidad con que había sucumbido al poder del pasado, a cómo incluso en aquel momento, estando allí, su cuerpo respondía ante él con un hambre y una carencia de buen juicio que eran innegables y humillantes.

–Entonces –replicó, inclinándose hacia ella–, tu memoria debe de ser dolorosamente escasa. O también es posible que necesite que la refresquen.

Durante unos segundos se miraron sin más y después Max tomó su copa, alzándola.

– *À ta santé.*

La comida fue perfecta. El chef del hotel tenía una gran reputación y claramente se había propuesto sorprender. Patatas Ratte cubiertas por una muselina de abadejo ahumado y caviar de Sologne, seguido por un rodaballo al ajo rosa silvestre en una crema sabayón. Se sirvió también una tabla de quesos de distintas regiones francesas y, para finalizar, un café helado perfecto, con un sorbete de chocolate al aroma de limoncillo.

Margot dejó los cubiertos y sintió un repentino pánico. Durante la comida, la presencia del personal le había permitido charlar con bastante naturalidad, pero ahora la comida se estaba acabando, y, cuando los camareros abandonaron la estancia sin hacer ruido, se le aceleró el pulso.

Estar a solas con Max siempre había sido difícil y, por desgracia, no había descendido su sensibilidad ante su belleza y su sexualidad. Respiró hondo. Si no podía controlar la reacción de su cuerpo, lo que no tenía era por qué hacer algo al respecto.

–¿Tomamos café en el salón? –ofreció.

Fue un alivio verlo asentir, pero al entrar en el espacioso y opulento salón, maldijo la idea. Habían corrido las cortinas para bloquear la cegadora luz del sol, y la penumbra confería algo peculiar, algo que, junto con los sofás de terciopelo negro, hizo que se le encogiera el estómago. Aquella atmósfera hablaba de un salón privado, de una respiración suave, de una piel húmeda…

Intentó hacer como que sonreía y se sentó. Él hizo lo mismo, acomodándose a su lado, y sintió que el pulso le daba un salto al rozarse su pierna con la de ella. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar y apretarse contra él.

Agitada, se volvió rápidamente a mirar por la pequeña rendija que dejaban las cortinas.

París era todo rubor y luz dorada. Era el telón de fondo más romántico y el menos adecuado para lo que Max y ella estaban a punto de acordar.

–¿Café?

Asintió, pero en realidad tenía el pensamiento puesto en otro momento, en el recuerdo de otra tarde iluminada por el sol y otra taza de café.

Había sido un momento raro en ella en el que se había dejado llevar por un impulso. Sabiendo que Max libraba, se presentó en su casa sola. Entonces era osada e irreflexiva, es decir, todo lo contrario a lo que era ahora. Pero, cuando Max le abrió la puerta sin camisa, con aquellos ojos ni verdes ni azules, toda su determinación se esfumó y el pánico hizo que se le quedara la mente en blanco. Y es que, todo lo demás que tenía en la cabeza, era pura fantasía.

Y seguramente se habría quedado todo en una fantasía de no ser porque, increíblemente, Max la invitó a quedarse y a tomar un café.

–Sí, solo. Gracias

–¿Has dejado el azúcar?

¿Dejar el azúcar?

–Antes lo tomabas con azúcar.

No era una pregunta, y su voz había sonado más suave, casi dulce, como si estar en contacto con su pasado compartido hubiera suavizado su humor.

Pero no era justo que pasara de un *sotto* a un *scherzando* sin avisar. No era justo que sonriera así, pensó indefensa. No era justo que le recordara un pasado que ella se había esforzado tanto por olvidar. Un pasado que ni siquiera había sido real.

–Sí, antes, pero dejé de ponerla en el café hace unos años. De hecho, ya apenas tomamos azúcar en casa… azúcar añadido, quiero decir.

Max la miró en silencio. Oyéndola hablar, había olvidado por un segundo cuál era la razón de que estuviera allí. Había olvidado por qué lo suyo terminó años atrás y, en lugar de ello, solo podía pensar en las razones que lo habían hecho nacer.

Su sonrisa. Su risa. Su inteligencia. Le gustaba que fuera lista,

pero no solo lista en cuanto a los libros, aunque eso también lo había sido, sino perspicaz en un modo que parecía incompatible con sus diecinueve años.

Y su cuerpo.

No tenía sentido mentir. Qué hombre heterosexual no reaccionaría con una pulsión de deseo ante semejantes contornos y curvas.

Ignorando el calor que le abrasaba la piel, se obligó a hablar.

–¿Alguna razón en particular?

–Mi abuelo tuvo un ataque hace unos seis meses, y los médicos sugirieron que modificase su dieta –respiró hondo–. Pero estoy segura de que no me has invitado a venir para hablar de la dieta de mi abuelo –miró su reloj con esfera de brillantes y se irguió–. Sé que estarás tan ocupado como yo, así que sería bueno que empezásemos a tratar los términos de nuestro acuerdo.

Si Max hubiera necesitado un recordatorio de por qué su relación siempre había sido un fracaso, se resumía en aquellas frases. Incluso en un momento como aquel, estando a su merced, ella no podía evitar trazar la línea en la tierra, impidiéndole el paso a cualquier cosa que pudiera tener que ver con los asuntos Duvernay y reconduciendo la conversación al terreno empresarial.

Por un instante pensó en decirle que el acuerdo quedaba roto. Que, si quería dinero, había un banco o dos al otro lado de la calle. Pero entonces sintió que el pulso le bajaba en intensidad.

En realidad, le había hecho un favor recordándole qué era lo que le importaba: su empresa y su pureza de sangre, cosas las dos que estaban fuera del alcance de un don nadie como él… hasta aquel momento.

–Hablo de memoria, pero, si no recuerdo mal, era menos una invitación y más una instrucción. ¿O sigues pensando que tienes algo que decir en esta situación?

Salieron chispas por sus ojos y se sintió satisfecho, viendo cómo tenía que esforzarse por mantener la calma.

–¡Bien! Fuiste tú quien me dijo que viniera –replicó ella–, y aquí estoy.

¿Vamos a hablar de matrimonio, o no?

Max se recostó en el respaldo del sofá.

–Sí, pero antes quiero darte esto –contestó, mirándola fijamente.

Del bolsillo de la chaqueta sacó una pequeña caja cuadrada.

–No te emociones –puntualizó–. Es una pura necesidad que no obedece a ningún impulso romántico. Tendrás que llevarlo, al menos en público.

Abrió la caja y se la dejó en la mano.

Margot bajó la mirada y tuvo la sensación de que tenía una aspiradora dentro del cuerpo. El anillo era precioso. Un enorme diamante amarillo flanqueado por otros dos blancos más pequeños que parecían arrastrarla hacia atrás en el tiempo, al momento en que Max se plantó delante de ella ofreciéndole en la mano una alianza de oro.

Había sido el momento más excitante de su vida.

Y el más terrible.

La imagen se había quedado congelada en su memoria. Max, impasible; ella, callada y rígida. Y después Yves, que llegó de buen humor y que pasó a estar encolerizado en cuestión de segundos, acusando a gritos y amenazando, enseñando los dientes como un perro acorralado.

La ira de su hermano había sido chocante, terrible, brutal. Pero nada tan brutal como la declaración de Max de que nada había sido real. Que solo la había pretendido por su dinero.

–Es precioso.

Sabía que su voz sonaba falsa, pero no pudo hacerlo mejor.

Max la miró fijamente. Todo era culpa suya. Se había pasado años deseando creer que se equivocaba. Que ella habría querido ser su esposa si le hubieran dado la oportunidad…

Pero había estado en lo cierto la primera vez.

–Me alegro de que te guste –respondió sin mostrar un ápice de emoción.

Margot lo miró y, a pesar de la promesa que se había hecho de no preguntar nada sobre su vida personal, no pudo contenerse.

–Es una suerte que ninguno de los dos tuviera otro compromiso.

Contuvo el aliento esperando su respuesta mientras los celos se le clavaban en el corazón.

Max sintió que algo muy pesado era arrastrado dentro de su cuerpo. Si al menos pudiera borrar aquella sonrisa educada de sus labios. O quizás hacer algo consigo mismo. Lo que fuera para quitarse ese peso del pecho.

No era cuestión de suerte. Después de estar con ella, había tenido algunas relaciones sin ataduras, sexualmente satisfactorias, que le habían ayudado a olvidarse del escozor de su rechazo. Pero el trabajo había sido su verdadero compromiso, la única válvula de escape para su ira y su resentimiento, y ese había sido el combustible de su ambición por volver a Francia y por reunirse con Emile.

–¿No querrás decir lucrativo? –preguntó con frialdad.

Ella levantó la cara y su expresión atónita e indefensa se le clavó en la piel, pero se convenció de que no le importaba y sonrió.

–He elegido los anillos de boda para los dos, así que lo único que tienes que hacer tú es hablar con tu familia –continuó, implacable–. Diles que vas a estar fuera un par de días. Ah, y necesitarás un vestido.

–¿Fuera, dónde? ¿Y un vestido por qué?

–Para casarte, claro. Mañana salimos para las Seychelles.

Lo miró sin saber qué decir.

–¿Mañana?

–¿Es que quieres esperar otros diez años?

–Es una broma, ¿no? ¡No puedes pretender que me case contigo mañana!

–No, porque el papeleo no estará preparado para mañana, pero sí para dentro de tres días.

–¡Me importa un comino lo que pretendas! –le espetó–. No va a ocurrir.

En las últimas veinticuatro horas, si bien no se había resignado del todo a su suerte, al menos había aceptado los beneficios de casarse con Max, pero decírselo a su familia era llegar demasiado lejos. Se había imaginado que primero estarían comprometidos, al menos varios meses, y durante ese tiempo podría lograr que su abuelo y Louis se hicieran a la idea.

Se estremeció como si tuviera el estómago lleno de hielo.

A muchas personas, la idea de una boda en un lugar exótico con pocos trámites legales y un mínimo tiempo de espera seguramente les parecería espontáneo y romántico, pero a ella le parecía un duplicado exacto de la fuga de sus padres.

A Max no podía explicárselo, no sin revelar más de sí misma de lo que estaba dispuesta a mostrar a un hombre que no solo le estaba haciendo chantaje, sino que era incapaz de sentir la empatía humana más básica.

–Por lo menos, eso podrás entenderlo, ¿no? ¿Qué quieres que le diga a mi familia? No puedo anunciar que me caso sin más.

Él se encogió de hombros.

–Venga, venga, Margot. Eres una Duvernay, y puedes hacer lo que te plazca. Además, tienes mucha práctica mintiendo. Ya se te ocurrirá algo.

La furia que ella sintió fue cegadora. Clavó en el suelo los pies como un boxeador y abrió y cerró los puños.

–Eres un cerdo incapaz de…

–Ahórrame los insultos. Mentiste a tu familia durante meses

sobre nuestra relación. Ahora solo tendrás que hacerlo durante tres días.

–¿Y no fue una suerte? –se burló ella–. Al menos se ahorraron tus mentiras y tus engaños.

Hubo un silencio cargado. Max no contestó. Siguió sentado muy quieto, tenso, impasible. Y luego, cuando ella iba a pedirle una respuesta, se levantó de pronto y sin prisa caminó hasta la puerta y la abrió de golpe.

–Déjame hacértelo más fácil –dijo, volviéndose a mirarla–. O accedes a casarte conmigo en tres días o sales por esta puerta ahora mismo y pruebas suerte con el banco.

Su tono era agradable, pero el ultimátum estaba claro.

Lo miró en silencio. Seguro que era un farol. Tenía que serlo, pero no se sentía capaz de averiguarlo, porque, si se levantaba y salía por la puerta, cabía la posibilidad de que lo perdiera todo.

No tenía armas que usar en la batalla, y forzar las cosas solo serviría para que Max no tuviera dudas de ello. Lo único que podía hacer era dar marcha atrás con tanta dignidad como le fuera posible.

–Dado que lo planteas de un modo tan encantador… lo haré –concluyó, ignorando el latido frenético de su corazón–. Pero con una condición.

–¿Una condición?

–Sí, maldito seas –replicó, sin dejar de mirarlo y riéndose sin ganas–. ¿Qué te creías? ¿Que me iba a plegar a las amenazas y la intimidación sin más ni más?

No, no lo había pensado, y en cierto modo, no quería que fuera así. Jamás querría algo así de una mujer que había sido una pura llama en sus brazos.

Cerró la puerta y se acercó a ella.

–Tú dirás.

–En cuanto nos hayamos casado, quiero decírselo a mi abuelo y a mi hermano en persona, antes de que la prensa conozca los detalles.

El matrimonio iba a ser una tremenda sorpresa para los dos, pero sabía que lo aceptarían mejor si se lo decía ella.

Max la miró tratando de no percibir su perfume. Se había quedado atónito, y no por lo que pedía, sino por la intensidad del alivio que había sentido al ver que no salía por la puerta.

Dejar que ganase aquella batalla carecía de importancia en el esquema global. No significaba que fuese a darle poder en nada más, como por ejemplo sobre sus sentimientos. Además, tenía otros

modos más eficaces de recordarle que era él quien estaba al cargo.

–De acuerdo. Me parece bien. Siempre que me asegures que vas a firmar el acuerdo prenupcial que te he enviado.

Sobre la mesa de detrás del sofá había una carpeta. Se la tendió.

–Supongo que ya lo has leído.

Margot asintió.

Se lo había enviado por email la noche anterior, y había tenido que leerlo dos veces, a pesar de que no contenía sorpresas, pero le escocía que diez años atrás, ella se hubiera fiado de su palabra y que ahora él le exigiera que no le reclamase nada de sus propiedades.

–Sí, lo he leído y me parece que no hay ningún problema.

Abrió el bolso, pero él fue más rápido.

–Ten… usa la mía.

Le estaba ofreciendo una pluma negra y dorada. Era idéntica a la que usaba su abuelo. La tomó con la esperanza de que su expresión pareciera de pura indiferencia y en la última página escribió su firma despreocupadamente, al lado de la de él, en dos copias.

La tristeza le impregnaba la piel, pero no iba a dejar que Max supiera lo mucho que estaba sufriendo. Él tenía todos los triunfos en la mano, pero había al menos una pequeña satisfacción en no reconocer su sentimiento ante él.

Pero de pronto no fue suficiente. De pronto no quiso ocultarle su dolor, sino herirlo. Dejó la pluma cuidadosamente sobre el papel y lo miró fijamente a la cara.

–Una última cosa. Solo para que quede todo claro. Este matrimonio es un acuerdo empresarial. El sexo –pronunció despacio–, ni forma parte ni lo va a formar nunca de este acuerdo. La relación física que hubo entre tú y yo, está enterrada en el pasado.

Una sonrisa burlona tiró de las comisuras de sus labios.

–Yo no diría que veinticuatro horas atrás sea el pasado.

Mortificada, sintió que los pulmones se le quedaban sin aire. Cómo se arrepentía de aquel beso, o si no era del beso, sí de la traidora debilidad de su cuerpo.

–Eso fue solo curiosidad. Un *amuse bouche*, digamos. Ver si lo que hay en la carta aún vale la pena –sabía que tenía las mejillas encendidas, pero siguió mirándolo–. Ahora tengo más experiencia y quería contrastar con otros… otros sabores. Sé que hay algunas parejas a las que les gusta lo de tener sexo con su ex, pero no es lo mío.

No se podía creer que aquellas palabras hubieran salido de su boca.

Contuvo el aliento esperando su reacción, casi saboreando ya su furia, pero su expresión no se alteró lo más mínimo y, cuando volvió a hablar, su voz fue tan neutra como el modo en que la miró.

–Por supuesto que tienes más experiencia. Y ahora, por desgracia, tengo otra reunión programada. Espero que hayas disfrutado de la comida…

Tardó un momento en registrar lo que le había dicho, y se dio cuenta, azorada, de que estaba esperando educadamente a que se marchara.

Capítulo 5

CON LAS manos apoyadas en la veranda del balcón al que daba su habitación del hotel, Margot contempló el océano Índico entornando los ojos para protegerse del brillo del sol de la mañana.

En cinco horas iba a ser la señora de Max Montigny. Todo había pasado tan deprisa que no parecía real, y la sensación de irrealidad se veía aumentada por aquel entorno idílico.

Miró hacia tierra firme. La imagen que se disfrutaba desde su habitación era pura fantasía. Una isla desierta con playas rodeadas de palmeras y un mar de color turquesa. Se llevó una mano a la frente para bloquear la luz del sol y mirar a la playa. Puede que no fuese la primera persona. Una figura se movía con agilidad en las dunas, cubriendo la distancia con una impresionante velocidad.

Con un chaleco negro y pantalones cortos, su piel bronceada brillando como madera pulida al sol, Max volvía de correr. Se movía con una determinación y un ritmo constante que curiosamente le dio tranquilidad a ella, de modo que parte de la tensión provocada por lo que estaba viviendo se disipó.

Aun desde la distancia y con el sol dándole en los ojos, su cuerpo resultaba tan espectacular como lo recordaba: delgado, esculpido y fuerte. Era tan perfecto, tan tentador… una mezcla explosiva de belleza y fuerza que la cargaba de deseo. No es que pensara rendirse a la tentación, pero estar con Max no solo era inquietante desde el punto de vista físico, sino también mental porque le despertaba recuerdos y le obligaba a hacerse preguntas sobre la vida que llevaba y las elecciones que había hecho.

En los últimos años, había tenido varios novios, pero ninguno había durado y no era de extrañar. Dirigir la Casa de Duvernay no era un trabajo de nueve a cinco, de modo que su vida personal había cedido el protagonismo a la profesional, lo cual le había venido bastante bien, ya que no estaba preparada ni sentía deseos de involucrarse demasiado en ninguna relación y que volvieran a hacerle daño, o que ella volviera a sentir.

O mejor dicho: había tenido miedo de no sentir, pero también de no sentir tanto por otra persona como había sentido por Max.

Se mordió el labio inferior. Incluso en aquel momento podía recordar con total nitidez el instante envuelto en miedo y euforia en que se dio cuenta de que la había elegido a ella, que la deseaba a ella.

Se le encogió el estómago. No, a ella no. A su dinero.

Todo había sido preparado cuidadosamente por Max. No solo se había ocupado del papeleo y el traslado, sino que había escogido la comida, las flores y encargado a un equipo de estilistas que lo supervisaran todo in situ.

Nadie, salvo ellos dos, sabría que aquel matrimonio no era real.

En lo único que ella tenía que pensar era en el vestido…

Una ligera brisa le alborotó el pelo. Teniendo en cuenta que se casaba para salvar su empresa, no debería importar qué se pusiera, pero, sorprendentemente, su vestido de novia le parecía algo más que solo un vestido.

Dejó que el sol le calentase la cara. Estando en París y apremiada por los preparativos, había considerado escoger un modelo cualquiera en unos grandes almacenes, un intento más de demostrar lo poco que le preocupaba Max y su parodia de boda, pero al final no había sido capaz de hacerlo.

Respiró hondo. Era una Duvernay, y las bodas de su familia no eran meras celebraciones, sino eventos impactantes, definidos no solo por la persona con la que se contrajera matrimonio, sino con lo que se llevara puesto.

El vestido de su abuela había sido espectacular: una confección de cuento de hadas con metros de tul y millones de perlas cosidas a mano por cincuenta modistas durante casi tres meses.

Por el contrario, su madre había reciclado un sencillo vestido corto con falda de tul que se había puesto para la fiesta de su mayoría de edad. ¿Y ella?

Se casaba con un hombre al que no quería, por pura necesidad. ¿Qué clase de vestido debía llevarse para un matrimonio de conveniencia? Como el resto de su vida, su boda iba a ser una ilusión.

A pesar del calor, se estremeció.

Necesitaba que su abuelo aceptase una decisión tan repentina. Es más, quería que se sintiera feliz y sabía que, después de que con unos preparativos tan rápidos y secretos se despertara el fantasma de la fuga de su hija, el único modo de lograrlo era representando la boda perfecta.

Y para ello, al igual que el anillo, el vestido de novia tenía que interpretar un papel. Como sin duda lo haría el novio.

Max había dejado de correr por la playa y hablaba por teléfono relajadamente, y percibió algo en su expresión que hizo que se le encogiera el corazón, porque aún recordaba lo maravillosamente bien que se había sentido siendo objeto de su mirada y se preguntó

cómo sería que lo que iba a ocurrir en unas horas fuese real, y en lugar de su dinero o sus negocios, Max la quisiera a ella.

No era la primera vez que ese pensamiento se le pasaba por la cabeza. De hecho, había ocurrido con inquietante regularidad desde que lo había visto salir de su sala de juntas aquel primer día. Pero pensar en lo que podría ser requería un nivel casi infantil de imaginación, y ya había dejado de construir castillos en el aire. El único castillo que le interesaba era el hogar de su familia.

Tenía que centrarse en los hechos. Max iba a ejercer el control sobre su empresa, pero ella estaría al mando de todo lo demás, y eso incluía cómo responder ante él, así que lo único que tenía que hacer era permanecer fría, educada y con perspectiva.

En aquel momento, casi como si hubiera oído sus pensamientos, Max se volvió y miró fijamente al balcón. Horrorizada por que la hubiera pillado espiándolo, dio media vuelta y entró en su habitación.

Dios, ¿cómo iba a salir de aquella situación, si ni siquiera era capaz de enfrentarse a él en la distancia y desde la seguridad de su habitación? ¿Cómo iba a poder plantarse a su lado y repetir unas promesas en las que ninguno de los dos creía?

Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos y se apretó el cinturón de la bata de seda que llevaba puesta. El tiempo de pensar se había acabado. Tenía que empezar a prepararse para la boda.

Tres horas más tarde, miraba su imagen en un espejo. La transformación era completa.

–Estás preciosa.

Miró agradecida a Camille Feuillet, amiga y primera modista de su casa de modas favorita, que se había desplazado en avión la noche anterior. La conocía desde que era una desgarbada adolescente que se debatía entre su timidez y una madre famosa. Camille la había ayudado a encontrar su estilo, y era la persona en la que había confiado para que le diseñara el vestido de novia.

–Es precioso –respondió–. Camille, eres increíble. Jamás soñé con algo así… con que pudiera verme así.

Había esperado sentirse distinta, pero aquello parecía fruto de la alquimia.

El vestido era exquisito y romántico. Camille había insistido en darle ella misma el toque final, bordando las iniciales de Margot y Max en el recamado velo de encaje floral.

–Gracias, Camille –le dijo con sinceridad porque, gracias a ella, no solo podría convencer a su familia y a los medios de

comunicación de todo el mundo de que se casaba con el amor de su vida, sino que podría hacerlo sintiéndose bien consigo misma, igual que si fuera una novia de verdad.

–Es un placer –Camille sonrió, pero se llevó una mano a los ojos–. Me había prometido que no iba a llorar, pero no puedo evitarlo. ¡Estás encantadora!

–Más bien soy afortunada.

A pesar de la opresión que sentía en el pecho, sonrió con sinceridad.

Camille le había confeccionado un vestido de novia que era de una belleza arrebatadora. No era culpa suya que la boda fuera una farsa.

–Me has ayudado tanto, y me has proporcionado tanta inspiración… no podría haberlo logrado sin ti, de modo que gracias. Y gracias por venir hasta aquí. Sé lo ocupada que estás…

–Ha sido un placer –contestó la modista, y añadió con una risita–. Además, creo que esta puede ser la oportunidad para ver a tu prometido, siempre tan sereno, pasarlo un poco mal, y no me lo perdería por nada del mundo.

Su sonrisa no palideció, pero su pulso sí. Sin duda muchos novios vivían la boda con una gran carga de emotividad, pero la mayoría de ellos no habían chantajeado a la novia para que se casara con él, y Max no era de ese tipo emotivo, o al menos de manera romántica, que era de lo que Camille hablaba.

Lo que sí estaba era centrado en ganar.

–¿Preparada?

Margot respiró hondo y asintió. Tomó el extremo del velo, lo bajó con cuidado para cubrirse la cara y avanzó despacio hacia la puerta y hacia su futuro.

Al otro lado del hotel, Max Montigny tecleaba en el teléfono. Se mantenía a cierta distancia del sacerdote, y los dos trabajadores del hotel que habían sido escogidos cuidadosamente por su equipo de seguridad para actuar como testigos aguardaban pacientemente detrás de él, pero apenas era consciente de lo que le rodeaba, ni de quien había allí.

Ni el sol que había vaciado de color el cielo, ni la diminuta capilla abierta hecha de madera blanca lavada y vestida con diminutas flores blancas llamaba su atención. Estaba totalmente concentrado en el teléfono.

Leyó el mensaje, borró algunas palabras, las escribió de nuevo y acabó borrándolas todas.

Puso el teléfono en silencio y se lo guardó. Había tardado casi

diez años en llegar a aquel punto, y no iba a tentar a la suerte con un mensaje innecesario y prematuro. En un momento, Margot llevaría su anillo y todo el mundo podría ver que Max Montigny era el igual de los Duvernay.

Respiró hondo y miró al océano. Ojalá pudiera mantener la calma, pero era imposible porque, cada vez que inhalaba, aquel aire fragante y cálido le recordaba el perfume de Margot.

Le estaba volviendo loco, y no solo el hecho de que su olor pareciera seguirle a todas partes, sino el modo en que le traía a la memoria sus ojos castaños y el desafío que le había lanzado en el hotel.

«Eso fue solo curiosidad. Un *amuse bouche*, digamos. Ver si lo que hay en la carta aún vale la pena. Sé que hay algunas parejas a las que les gusta lo de tener sexo con su ex, pero no es lo mío».

Sabía que mentía, pero por alguna razón eso hacía que sus palabras lo estuvieran volviendo loco… además de frustrarlo.

Ignorando el pulso que le palpitaba en la entrepierna, se enderezó los puños de la camisa y se volvió al sacerdote y los testigos, asintiendo. Después de años de seguir su propio consejo, sabía que la expresión de su rostro no dejaba entrever nada, y esa certeza lo serenó. Revelar emociones, sentir emociones, era un acto de autodestrucción, un modo de entregar poder a la persona mejor equipada para herirte.

Y eso era particularmente cierto en el caso de la mujer con la que iba a casarse.

Le dio un vuelco el corazón cuando vio a Margot entrar con cierta inseguridad en la capilla.

Alguien a su espalda se aclaró la garganta, seguramente el sacerdote, y oyó movimiento. Sabía que debía darse la vuelta para que la ceremonia pudiera comenzar, pero es que no podía apartar la mirada porque sus ojos la seguían hambrientos, empujados por una fuerza inexorable, como una marea arrastrada por la pálida luz de una luna nueva.

Margot se detuvo. La capilla parecía haber caído en un silencio reverencial. Incluso las olas del océano parecían guardar silencio, como si su movimiento incesante se hubiera congelado ante la presencia de semejante belleza sin mácula.

Estaba exquisita. Bajo el velo, llevaba la larga melena rubia en una especie de recogido bajo, los hombros desnudos brillaban a la luz del sol y su vestido…

Recorrió con la mirada el delicado cuerpo de encaje y la falda de suave vuelo. Estaba más que guapa. Margot era en realidad un

misterio que él se había obsesionado en resolver, que siempre había estado lejos de su alcance.

Hasta aquel momento.

Así que, ignorando la tradición, se acercó y le ofreció la mano.

El servicio fue breve, y a pesar de haber oído a Margot repetir las conocidas promesas de amor y lealtad con su dulce y firme voz, no se podía creer que estuviera ocurriendo. Y sin embargo, allí estaba, colocándole una alianza de brillantes en el dedo y dejando que ella le colocase una alianza sin adornos a él.

Levantó el velo. El certificado que iban a firmar sería la prueba física de que por fin había logrado demostrar que su familia se equivocaba y que él tenía razón. Por eso estaba allí y debería sentir alivio, satisfacción, triunfo… pero se sentía tenso, casi inquieto, como si hubiera algo más, algo más importante que la venganza, aunque no sabría decir con seguridad de qué se trataba.

Subió la mirada hasta sus ojos y se quedó confundido por el conflicto que vio reflejado en ellos y que le recordó a aquel primer invierno en que su madre y él se mudaron a París, acomodándose con dificultad a la pérdida de su vida de siempre y con sentimientos que no había comprendido.

Se sentía tan joven e indefenso, tan perdido y solo, tan inerme, y la idea de que Margot se pudiera estar sintiendo así le ardió en el estómago.

A punto estuvo de ofrecerle la mano, como habría hecho cualquier ser humano, para consolarla, pero hacerlo habría sido una torpeza. Inapropiado en cierto modo. Y se recordó que la única forma de que aquel matrimonio funcionara iba a ser mantener los recuerdos y las emociones fuera de él. No sería el matrimonio que ella quería, ni con el hombre que quería, pero en su opinión ya estaba recibiendo más de lo que se merecía.

–Margot y Max, habéis expresado el amor que os profesáis y celebrado….

Eran solo palabras, se dijo ella. Pero oír hablar al sacerdote sobre el amor y el compromiso hizo que se le desbocara el corazón. Se miró la mano con la alianza junto al anillo de pedida. Era muy hermosa. Elegante. Atemporal. Y no era solo el anillo, sino todo: el enclave iluminado por el sol, las flores perfumadas, la sonrisa del sacerdote, incluso Max… todo era tan perfecto que era imposible resistirse a ello.

Especialmente, a Max.

Estaba tan cerca que podía diferenciar entre el calor de su cuerpo y el del aire. La atracción que había entre ellos tenía que ver

con que él sería siempre su norte magnético, y esa atracción estaba más allá de cualquier tipo de pensamiento racional.

Particularmente estando tan devastador.

El tejido oscuro con que estaba confeccionado su traje le quedaba como una segunda piel, y la camisa blanca y perfectamente planchada competía con sus ojos claros. A la sombra de la capilla, su piel parecía de bronce.

¿Cómo sería aquel matrimonio si fuera por amor y Max simplemente la quisiera?

El sacerdote volvió a intervenir con una sonrisa.

–Ya no sois solo socios y mejores amigos. Hoy habéis escogido uniros en matrimonio. Yo os declaro marido y mujer. Max, puedes besar a la novia.

Max sintió una sacudida. Ya estaba. Ya se había terminado. Hecho.

O quizás era solo el comienzo.

No estaba seguro de cómo o cuándo había ocurrido, pero la tenía entre los brazos, pegada a su cuerpo.

Sus labios eran del mismo color que los pétalos de una rosa. Besarla era parte de la ceremonia, pero después de lo que le había dicho en el hotel le parecía más un reto. La oportunidad de subir las apuestas. Un desafío del que no podía alejarse.

Quería demostrar que se equivocaba, demostrarle a ella y a todos los que los miraban que no podría resistirse a él. Fue más un roce que un beso, suave como el contacto de una pluma, pero cuando se separó sintió que le daba un vuelco el estómago. Ella lo miró en silencio, buscando algo con la mirada, necesitándolo…

Y mirando sus ojos castaños sintió una punzada de deseo tan veloz e imparable como las aguas de un rápido.

Por fin era su mujer.

«Suya».

Empujó suavemente su barbilla y la besó con un hambre devoradora, rodeándole la cintura con un brazo y con la otra mano enredada en su pelo, amarrándola a él.

Margot sintió que la tierra se movía bajo sus pies y tuvo que agarrarse a su chaqueta porque estaba cayendo… retrocedía en el tiempo… respondiendo a él, al poder, al calor de su boca.

A su alrededor el mundo giraba más y más deprisa, como si estuviera en los caballitos de la feria. Se sintió mareada, torpe, blanda. Lo único que podía hacer era aferrarse al único objeto sólido que pudo encontrar y, apoyándose en el cuerpo firme de

Max, cerró los ojos.

Pero aun teniendo su sabor en la boca, sintió que sus músculos se tensaban y que rompía el beso. En lugar de su pulso batiendo por sus venas como un metrónomo, oyó el sonido de las olas llegando a la playa.

Aturdida lo miró, apoyándose en su pecho para no perder el equilibrio, pero solo duró un segundo.

Una rigidez húmeda se apoderó de sus miembros, pero nada tenía que ver con el calor subtropical del lugar y todo con la mirada fría de sus ojos.

¿Es que no había aprendido nada del pasado?

Diez años atrás, Max había utilizado esos besos para seducirla, para que se creyera sus mentiras, pero aquella vez no era a ella a quien tenía que convencer, sino al sacerdote y los testigos. Tenían que ver lo que él quería que vieran. No un acto de coerción o de venganza, sino dos personas declarándose su amor.

Y, claramente, había funcionado.

Hubo fotos, confeti, champán y parabienes, de modo que, cuando volvían para el hotel, a Margot le dolían los músculos de la cara del esfuerzo por sonreír, y se sentía exhausta.

Ahora era Margot Montigny, y sabía que su abuelo y Louis aceptarían su matrimonio. Por primera vez desde que Emile había dejado caer aquella bomba, el peso que llevaba sobre los hombros le pareció más ligero. Ahora todo lo que quería hacer era volver a Francia y darle la noticia a su familia.

Entró en la limusina y, cuando las puertas se cerraron y se puso en marcha, sintió de pronto una gran aprensión.

–¿Dónde vamos? –preguntó a Max, frunciendo el ceño–. Creía que comíamos en el hotel.

Él parecía relajado.

–Es una sorpresa –contestó.

–No me gustan las sorpresas.

–¿En serio? Yo creía que a todas las mujeres les gustaban las sorpresas.

–A pesar de que resulte halagador que me compares con el resto de las mujeres del planeta, preferiría que nos ciñéramos al plan. Al plan que hemos acordado.

–Acabamos de casarnos. ¿No puedo ser un poco romántico?

–Si he de fiarme de mi experiencia, no –le espetó ella, a pesar de que las mejillas se le habían sonrosado–. Además, los dos sabemos que esto no tiene nada que ver con el romanticismo, así que deja de fingir y llévame al hotel.

–Eso no va a poder ser.

–Sí que va a poder ser. Dijiste que comeríamos y nos volveríamos a casa.

–Cierto.

Le vio recostarse en el asiento, y una nube de pánico la envolvió.

–¿Y qué ha cambiado?

–Tú has cambiado, preciosa. Antes eras solo una mujer, y ahora eres mi esposa.

–Ya sé que soy tu esposa, pero no entiendo por qué eso significa que no podemos comer en el hotel. O saltarnos la comida. Estaría encantada de tomar el avión de vuelta ahora mismo.

–¿Y perdernos la luna de miel? ¿Qué pensaría la gente? Y sé lo mucho que eso te importa, Margot.

Sintió un escalofrío en la espina dorsal.

–No, eso no es lo que acordamos, Max. No puedes hacer eso…

–Y sin embargo, es lo que voy a hacer –replicó él, con los ojos fijos en los de ella–. No te preocupes, que no es nada raro. Verás, es que tengo una casa aquí, en la costa. Y es donde vamos a pasar las próximas dos semanas, solos los dos. ¿Qué podría ser más romántico?

Capítulo 6

EL VIAJE hasta la casa transcurrió rápido y en silencio.

Para Margot, el silencio era la única opción. Arrinconada en el coche, estaba demasiado enfadada para hablar, pero por dentro, las acusaciones le daban vueltas en la cabeza como una bandada de pájaros.

¿Cómo se atrevía a hacerle algo así? ¿Cómo se atrevía a cambiar de planes unilateralmente, ignorando cuanto habían acordado y pasando por encima de sus sentimientos y de sus deseos?

Había accedido a casarse con él con una sola condición: que pudiera hablar con su familia antes de que los rumores de su boda se hicieran del dominio público. ¿Cómo podía ser tan inocente? Todo aquello de que estaría encantado de decírselo a su abuelo en persona, dejándole creer que volarían de vuelta a Francia, cuando su única intención era lo que había dicho desde el primer momento: ver sufrir a su familia.

Siempre le pasaba lo mismo: la gente que se suponía que debía quererla hacía lo que le daba la gana y anteponía sus necesidades a las de ella, esperando que lo aguantara. No, no solo que lo aguantara, sino que además sonriera en público mientras, en privado, su vida estaba patas arriba.

No es que esperara que Max fuese considerado con ella. Teniendo en cuenta que la había chantajeado para que se casaran, sería una locura, pero al menos esperaba que aquel matrimonio acordado tuviera reglas, límites.

Habían sellado un acuerdo y ahora él lo había roto.

No era lo injusto de su acto, ni tampoco su ego lo que le preocupaba, sino que su abuelo y su hermano se iban a despertar al día siguiente y descubrirían que se había escabullido a sus espaldas para casarse.

No podía llamar a su abuelo. No quería correr el riesgo de despertarlo con semejante noticia, estando tan mal de salud. Se quedaría destrozado al enterarse de que su querida nieta le había mentido a la cara. Y llamar a Louis… ¿qué sentido tendría? Era la última noche de sus vacaciones y andaría celebrando y divirtiéndose con sus amigos, y si lo llamaba se lo estropearía todo.

Se volvió a mirarlo, decidida a dar rienda suelta a su ira, pero antes de que pudiera hablar, el coche se detuvo. Habían llegado.

Lo vio bajar de la limusina y se las arregló para tomarla de la

mano.

Alguien aplaudía. Un grupo de gente, seguramente personal de Max, todos vestidos con polo blanco y pantalones color crema aguardaban en dos filas en la escalera que conducía a la casa y la miraban sonriendo.

Pero no fue la luz cegadora del sol, ni tampoco sus sonrisas lo que le hizo parpadear varias veces. Fue el edificio que había detrás.

Conocía la extensión de la riqueza de Max, pero viendo aquella hermosa villa modernista comprendió al fin lo duro que debía de haber trabajado, y a pesar de la ira que sentía hervir en su interior, no pudo dejar de admirar cómo había logrado crearse una vida así.

En el interior, la decoración de la villa era moderna, austera casi, y solo un sutil cambio de suelo, que pasaba de ser una madera blanqueada a un mármol ligeramente sonrosado, señalaba la transición del exterior al interior. Pero aunque el cambio hubiera estado indicado con un neón, ella no se habría dado mucha cuenta, ya que su atención estaba puesta en la terraza. Junto a la piscina más azul que había visto nunca, una hermosa mesa de cristal estaba dispuesta para dos bajo un toldo blanco que tamizaba el sol.

–¿Champán, cariño?

Max se le acercó mirándola, y sus iris eran tan verdes y tan azules que tuvo un repentino recuerdo de la primera vez que se vieron, y la sensación de irrealidad que tuvo. No por los dos colores de su mirada, sino por el hecho de que estuviera allí, un hombre tan arrebatadoramente guapo, charlando, riendo, sonriendo…

Y ahora volvía a sonreírle, pero no como un desconocido peligrosamente atractivo, sino como su peligrosamente atractivo y servicial marido.

–Lo he elegido especialmente para la ocasión –dijo, mostrándole la etiqueta–. Es el Duvernay Grand Cru del año que nos conocimos.

–Qué considerado por tu parte –le dijo con una rígida sonrisa al aceptar la copa.

Brindaron.

–Es que… así es casi como si tu familia estuviera aquí dándonos su bendición. ¿Y qué mejor modo de marcar el comienzo de nuestra vida de casados que con una copa de champán de nuestros viñedos? –preguntó, burlón.

–Oh, se me ocurren un par de escenarios más.

Él se rio.

–¿Por qué será que estoy casi seguro de que ambos me pondrían en alguna clase de peligro mortal? –se apoyó en el respaldo de la silla–. Lo que te he dicho en la capilla iba en serio, Margot. Ahora

eres mi esposa, para bien o para mal, en la riqueza y en la pobreza –sonrió–. Aunque, dado nuestro particular acuerdo, sería más en la pobreza y en la riqueza.

Sintió deseos de tirarle a la cara el contenido de la copa, pero entonces llegó alguien con una selección de canapés y optó por beber un sorbo de champán.

Con una combinación de conversación educada y sonrisas cuidadosamente programadas, consiguió pasar la comida. Después, el personal de servicio fue desapareciendo y, al final, se quedaron solos.

En ese mismo instante, Margot apartó la taza de café que no había probado y comenzó a repiquetear con los dedos sobre la mesa.

Max la miró con una mezcla de burla y resignación.

–La estación del monzón ya ha terminado este año –dijo–, pero tengo la sensación de que se avecina tormenta.

–No te equivocas –replicó ella, y el resentimiento que había estado conteniendo subió a la superficie, igual que las burbujas del legendario champán de su familia–. Si piensas que me voy a quedar aquí contigo dos semanas en esta pantomima de luna de miel, es que has perdido la cabeza.

Teníamos un acuerdo. Yo he respetado mi parte y espero que tú mantengas la tuya, de modo que, a menos que tengas una razón para haber cambiado los planes, aparte de tu egoísmo visceral, te sugiero que localices a tu piloto y le digas que esta misma noche volvemos a Francia.

–¿Y si no, qué? ¿Piensas volver nadando a casa?

–Si de ese modo me libro de ti, sí.

Él no contestó. Se quedó mirándola fijamente durante tanto tiempo que Margot quiso gritar. Al final, con un gesto que solo parecía destinado a molestarla, se encogió de hombros.

–¿Se puede saber qué significa eso? –le espetó ella. Su nerviosismo quedaba palpable en su tono de voz, pero ya no le importó–. No estás en una película de la *nouvelle vague*, Max. Esto es la vida real. Mi vida. Y legalmente soy tu mujer, así que ¿podrías hacerme el favor de decir algo?

Él enarcó las cejas, pero parecía que ni sus palabras ni su tono lo habían perturbado.

–Bien. Significa que nuestro trato no incluía de ningún modo que tú salieras pitando nada más haberte puesto la alianza en el dedo.

–«Nuestro trato» –repitió sus palabras–, no incluía que tú y yo

tuviéramos que pasarnos dos semanas haciendo castillos de arena, porque ¿qué se supone que piensas que vamos a hacer en la luna de miel?

Hubo una pausa lo bastante larga para que ella pudiera darse cuenta de la estupidez que había dicho.

Lo que en verdad pretendía decir era que el suyo no era un matrimonio normal, y que la luna de miel no iba a ser aquello de paseos a la luz de la luna después de pasar la tarde en la cama. Pero no había sonado como ella quería.

De hecho, no podía haber sonado peor.

–Seguro que se nos ocurre algo para matar el tiempo… –Max sonrió.

El problema era que tenía razón, y que por mucho que intentase negarlo, su cuerpo aún anhelaba la exquisita satisfacción que solo él le había dado.

Mortificada y roja como la grana, miró hacia otro lado maldiciéndose, maldiciéndole a él y maldiciendo a su padre por haberla puesto en aquella imposible situación.

–Sé que podríamos –contestó, dispuesta para la batalla contra sí misma–, pero no significa que debamos. Si es esa la razón por la que has roto nuestro acuerdo, siento desilusionarte, pero yo, a diferencia de ti, tengo principios.

Sus ojos centellearon y, sintiendo la ira que se alimentaba bajo su aparente calma, a ella se le encogió el estómago. Pero Max no tenía derecho a estar enfadado. Él no había sido ni manipulado ni chantajeado. Él no se había visto obligado a interpretar el papel de marioneta.

–Además, por si lo has olvidado, se supone que estás salvando mi empresa, ¡y es algo que no puedes hacer si nos quedamos aquí revolcándonos en la playa!

Su mirada no se apartó de su cara, pero el aire se cargó de tensión.

–Por suerte para ti, soy capaz de ocuparme de varias tareas a la vez.

Y no decía mentira. Era multitarea, pero en aquel momento le estaba costando un triunfo sujetar su temperamento y, al mismo tiempo, justificar por qué con un beso había bastado para que se olvidara de su meticuloso e innegociable plan de volver a Francia inmediatamente después de la boda.

Todo estaba preparado: el avión aguardaba en la pista y había emitido un comunicado redactado con sumo cuidado en el que anunciaba su matrimonio con Margot Duvernay. Lo único que

faltaba era hacer una llamada telefónica –una llamada que llevaba esperando hacer, deseando hacer, tanto tiempo–, y después podría mostrar a su esposa al mundo.

Pero solo había tenido que besarla para que todo cambiase.

Tenerla en los brazos, sentir su respuesta aterrada e intensa, había hecho que una necesidad feroz hiciera estallar todo pensamiento lógico. En aquel mismo instante, había decidido que el resto del mundo podía esperar. Por fin Margot era su esposa. Suya. Y durante un futuro, próximo al menos, no iba a compartirla con nadie.

Eso no se lo iba a confesar a nadie, y mucho menos a ella, sobre todo cuando todo lo que parecía importarle era su condenada empresa.

–Yo no dejo las cosas para que las decida la suerte. Tengo gente que me informa de continuo y todo va a la perfección –se recostó en el asiento y estiró las piernas–. ¿Por qué le das tanta importancia? Querías una boda tradicional, y la luna de miel es una tradición nupcial. Simplemente me estoy asegurando de marcar todas las casillas –mintió.

–Entonces, te sugiero que le quites la marca –le espetó.

Él ni pestañeó.

–Debo decirte que me sorprendes. No esperaba nervios del día de la boda.

Y yo que pensaba que te casabas conmigo solo por mi dinero.

Ella se sonrió.

–Te engañabas.

–Y tú, reaccionas en exceso.

–¿Reacciono demasiado? Si no entiendes por qué necesito volver, entonces debes de ser más insensible y egocéntrico de lo que yo creía. Puede que te criaran unas lobas, o que no tengas familia. O puede que, como le ocurre a todo aquel que se cruza en tu camino, prefiera mantenerme alejada de ti. No me importa demasiado.

Su expresión se endureció. ¿Y qué si lo había ofendido?

–Pero mi familia me importa. Sabías que quería decírselo a mi abuelo en persona. Lo sabías y decidiste ignorar por completo mis deseos.

–Tu vida. Tus deseos. Pareces olvidar que esto no es solo cosa tuya, sino de los dos. Pero, claro, es que nunca lograste entender lo de «nosotros», ¿verdad, Margot?

Lo miró temblando de ira y frustración. ¿En qué era suya la culpa? Ella no había engañado, ni manipulado, ni mentido. ¿Así

iban a ser las cosas?

Conversaciones llenas de trampas y abismos, como un juego de serpientes y escaleras en el que un movimiento en falso podía catapultarte al pasado.

Sintió que le ardían los ojos, pero no iba a llorar. No iba a permitir que supiera que podía hacerle daño.

–Eso es porque nunca ha habido un «nosotros», Max.

Él no lo negó. Siguió mirándola sin reacción aparente.

–Hubo un «yo», y un «tú». Éramos personas diferentes, que entonces querían cosas diferentes, y que siguen queriendo cosas diferentes. Nada ha cambiado.

–Excepto que ahora eres mi mujer –dijo él, arrastrando las palabras.

–¿Y qué? Has dejado bien claro que no te importo, que ni me respetas a mí ni mis sentimientos, y que no te importa mi opinión. ¿De verdad crees que el matrimonio es esto?

No podía seguir. No tenía sentido hablar con él. Se levantó y se quitó la alianza.

–Ten. Puedes quedártela. No importa los anillos que me des o cuántos papeles firme, porque nunca te perteneceré de verdad.

Tiró el anillo sobre la mesa, se dio la vuelta y echó a andar hacia la casa.

Sin saber cómo, logró encontrar su dormitorio. Estaba decorado en el mismo estilo que el resto de la casa: madera pálida y paredes neutras.

Contemporáneo y masculino.

Excepto la cama.

Era increíble lo preciosa que era aquella cama con baldaquino. Las puertas de la terraza estaban abiertas, y la muselina del baldaquino temblaba con la brisa tropical. Las sábanas y las almohadas blancas estaban salpicadas de pétalos de rosa blancos y rosados. Era un lecho perfectamente romántico. El pulso se le desbocó al acercarse y rozar con los dedos las inmaculadas sábanas.

Diez años atrás, aquello habría colmado sus deseos, y anheló con una dolorosa intensidad poder olvidar el pasado y…

¿Y qué? ¿Qué se suponía que debía hacer y sentir en aquel momento?

Estar casada con Max era mucho más complicado de lo que se había imaginado. En su cabeza pensaba que sería parecido a lo de sus abuelos.

Habían contraído matrimonio jóvenes, no por amor, sino por razones dinásticas, pero, a pesar de ese comienzo tan poco

prometedor, habían llegado a quererse y siempre había habido respeto y confianza entre ellos.

¿Cómo iban a ser capaces ellos de llegar a semejante estado?

De pronto sintió que no estaba sola. Sin darse la vuelta, supo que era Max.

Se dio la vuelta y le vio. «No te acerques más», pensó.

–¿Por qué? –le oyó preguntar con suavidad, y se dio cuenta de que debía de haberlo dicho en voz alta.

–Porque no hay razón para que lo hagas. Ya tienes el certificado de matrimonio y la titularidad de las acciones. Es cuanto querías.

Se detuvo delante de ella y por un momento interminable se miraron, casi rozándose.

–No todo.

Sorprendida por lo áspera que había sonado su voz, intentó contestar, pero antes de que hubiera podido pensar qué palabras usar, él dio un paso más.

Intentó apartarse, interponer distancia entre ambos, pero tenía los pies clavados al suelo. El aire se había vuelto pesado y caliente, como si el monzón del que había hablado antes estuviese dentro de aquella habitación.

Se le encogió el estómago cuando él tomó su mano y con cuidado volvió a ponerle la alianza.

–He venido para decirte que sí me importas, y que te respeto.

Parecía serio, tenso, distinto al hombre pagado de sí mismo que había dominado su existencia en los últimos días.

–Y me importan tus sentimientos y tus opiniones aunque, teniendo en cuenta cómo me he comportado, entiendo que pienses lo contrario.

Ella lo miró sin comprender. Había tensión en su voz, pero no de ira. De incertidumbre, quizás, y aunque no había llegado a decir que lo sentía, sus palabras habían sonado casi como una disculpa. No se lo esperaba y no supo qué decir.

–De acuerdo –fue lo único que se le ocurrió.

Siguió mirándola a los ojos y Margot sintió que se le doblaban las piernas, porque no había burla ni hostilidad en sus iris azul verdoso, y de su propio corazón había desaparecido la ira. Con una mezcla de pánico y necesidad, se dio cuenta de que, sin la presencia de la animosidad que ambos sentían, estaba demasiado cerca. Que su boca estaba peligrosamente cerca, y que estaba empezando a sentirse mareada.

Sintió que Max deslizaba una mano por su cintura. Hasta el último ápice de razón y de autodefensa que poseía le estaba

diciendo que se moviera, que lo apartase. Aquello era una mala idea a la que tenía que poner coto antes de que fuera más lejos. Tenía que detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Levantó las manos y las dejó sobre su pecho con intención de empujarlo, pero no le respondieron. En lugar de hacerlo, se deslizaron sobre sus hombros y no podía dejar de mirarle los labios.

Estaba enviándole señales equivocadas, y sin embargo se sentía bien, más que bien. Sentía que era al mismo tiempo inevitable y necesario.

–¿De acuerdo? ¿De acuerdo, y ahora quieres que me vaya, o de acuerdo, y quieres que me quede? –pidió que le aclarase, con voz ronca.

En algún lugar de su cerebro se registró el hecho de que la respiración de Max sonaba tan alterada como la suya. Su cuerpo temblaba con una desesperada necesidad de sentir su boca, de rendirse al placer de su lengua, pero sabía que debía mentirle, y estaba tan cansada de mentir… todo en su relación iba a ser para la galería, pero aquello, la necesidad que sentían el uno por el otro era real, así que ¿por qué luchar contra ella?

–Margot…

Tuvo miedo de mirarle a los ojos, miedo de que pudiera ver la indecisión en ella, pero él la obligó a mirarle y la oscura e impactante intensidad de su mirada la obligó a contener el aliento.

–Te deseo –dijo él, y rozó su boca con los labios–. Te he deseado desde que entraste en la sala de juntas. Te deseo tanto que no soy capaz de pensar con claridad. Ni siquiera sé ya quién soy. Lo único que sé es que me arde el cuerpo por ti… pero tienes que decirme qué quieres tú.

La sangre le rugía en los oídos y un dolor de deseo se estaba extendiendo en su interior como una mancha de aceite.

–Yo también te deseo –dijo al fin.

Max se quedó mirándola a los ojos tanto tiempo que creyó que se iba a deshacer de deseo, hasta que él bajó despacio la cabeza y la besó.

Casi no podía respirar. Él la hizo separar los labios para introducir la lengua en su boca y saborearla, mezclándose sus respiraciones mientras recorría con las manos el cuerpo de encaje, rozaba sus pechos, asía su cintura y llegaba a la curva de sus nalgas. Margot gimió contra su boca y sintió de inmediato que su cuerpo reaccionaba. Sus manos se volvieron más urgentes, y notó que comenzaba a desabrocharle el vestido. Con cada botón, se iba abriendo algo también dentro de ella.

–Max… –susurró, y bajó las manos a la cinturilla de su pantalón, donde encontró la línea dura de su erección.

Max respiraba alterado. Había deslizado las manos dentro del vestido y su piel tenía una suavidad imposible. Abandonó sus labios para bajar por su cuello, hasta el punto en el que había visto latir su pulso. La sintió moverse pidiendo más, y de pronto él también quiso más. Más de aquella piel, más de su boca, más de aquel calor que sentía palpitar debajo del vestido.

La soltó, dio un paso atrás y se sacó la camisa por la cabeza. A continuación, sin dejar de mirarla, bajó el vestido de sus hombros y contempló con la boca seca cómo caía al suelo.

Estaba desnuda, a excepción de unas braguitas rosas sujetas a los lados con cintas. Ver sus pechos desnudos lo incendió. Era tan hermosa, más aún de lo que la recordaba, y acercándose la apretó contra su cuerpo, sintiendo cómo se endurecían sus pezones al contacto con su pecho. Se llevó uno a la boca y después el otro, y ella tiró del cinturón torpemente, intentando librarlo de sus ropas.

–Margot, Margot… más despacio –le rogó–. Espera.

Pero ella no le escuchaba, y a Max dejó de importarle. La tomó en brazos, la dejó sobre la cama y tiró de los lazos de sus braguitas. Ella se agarró de sus hombros y tiró de él, guiándolo dentro.

Margot tomó aire de golpe y se agarró a él con fuerza para levantar las caderas, abriendo el cuerpo para recibir sus embestidas. Temblaba de deseo y alivio, porque nunca había habido otro como él, y sabía que nunca lo habría.

Con él no había necesidad de pensar. Todo era puro instinto, y cada uno sabía lo que el otro quería y necesitaba.

El calor en su interior era como una llama y se arqueó aún más, aferrándose a él, hasta que no pudo contenerse más y se estremeció debajo de su cuerpo. Max se tensó, agarrando puñados de su pelo, y hundiendo la cara en su hombro y gritando su nombre, se derramó dentro de ella.

Capítulo 7

ERAN casi las diez. El sol estaba ya alto, y pronto la pálida arena de la playa quemaría tanto que no se podría estar descalzo.

Max frunció el ceño. De niño había estado dos veces en el mar: una con su madre y Paul, y otra con el colegio. De hecho, aquella debía de ser la primera vez que estaba descalzo en una playa siendo adulto.

Pero, por raro que pudiera parecer, caminar descalzo por la arena no podía competir con algunas otras de sus «primeras veces», más recientes y menos racionales.

Obviamente, casarse con una mujer a la que no amaba y en la que no confiaba ocupaba la primera posición, pero seguida muy de cerca estaba la compra de las acciones de su padre. Jamás había pagado una cantidad exorbitante por nada, y echando la vista atrás, no había sido necesario que lo hiciera.

Lo cual le llevaba a otra primera vez: pagar por una mujer.

No le gustaba cómo sonaba, pero a pesar de lo que le había dicho a Margot y lo que se había dicho a sí mismo en cuanto a las razones por las que se casaba, en esencia era lo que había hecho.

Y por último, lo que había hecho la noche anterior era también la primera vez: nunca había perseguido a una mujer.

Ver a Margot dejarlo plantado le había enfurecido de tal modo que no se podía ni mover, tan frustrado por que pudiera atreverse a pensar que no entendía las relaciones…

Las entendía perfectamente. No le quedaba más remedio, de hecho, porque había tenido la mejor experiencia de primera mano, viendo a su madre poner su vida en suspenso, esperando, confiando… ¿y para qué?

Para nada.

Una ola rompió en la orilla y le mojó los pies. En el rato que había estado paseando por la playa, había subido la marea.

Se miró la muñeca y frunció el ceño. Se había dejado el reloj en la mesilla.

Y se había dejado a Margot durmiendo en su cama.

Sintió crecer un calor en la piel como el agua crecía en la playa. En la cama, sus peleas se habían olvidado, sus cuerpos se habían enredado en un apasionado abrazo que le había conmovido no solo físicamente, sino emocionalmente, porque nunca se había sentido tan cerca de nadie, tan comprometido. Pero claro, era la primera

vez que estaba casado.

Un movimiento en la bahía llamó su atención y vio a dos gaviotas discutiendo por algo. Alimento, territorio… fuera lo que fuese, su batalla no era tan distinta a la que habían mantenido ellos dos. Toda relación era una lucha de poder.

Pero la discusión con Margot no había sido nada en comparación con el conflicto que se desarrollaba en su interior cuando se despertó.

¿Quedarse o irse?

Una elección bien sencilla, pero nunca había tenido tanta indecisión.

Obviamente su cuerpo le empujaba a quedarse. Al despertarse se había encontrado con que tenían enredadas las piernas, su cabello había quedado extendido en su pecho y era una sensación agradable, más que agradable, embriagadora. Y percibir su olor había desencadenado un asalto de deseo primitivo y voraz.

Miró hacia el otro lado de la playa y recordó cómo había sido deslizar sus manos con urgencia por su piel, ver cómo ella abría los labios y se derretía en un mohín de rendición. Había perdido el control. Estaba tan dispuesta, tan caliente…

Recordar la intensidad de su mirada cuando la penetró lo estaba poniendo del revés. Todo, la amargura, las mentiras, la ira, todo, había dejado de existir. Solo quedaban los dos y, finalmente, había sido suya.

Entonces, ¿por qué se había levantado y se había ido?

Respiró hondo. Creía tenerlo todo planeado. Compraría las acciones y demostraría que los Duvernay se equivocaban. Se casaría con Margot, y demostraría que se equivocaba. Se acostaría con ella, y volvería a demostrar que se equivocaba. Y se sentiría mejor.

Pero el único que se había equivocado allí era él… cuatro veces.

Debería sentirse saciado y completo, y físicamente era así, pero no lograba desprenderse de la sensación de que le faltaba algo, o de que algo no iba bien.

Y era fácil de adivinar. Desde que había ganado su primer millón, pocas mujeres habían quedado fuera de su alcance, y su reputación de hombre difícil de cazar estaba completamente justificada.

Pero el día anterior la necesidad que le había empujado a tomar a Margot le había sorprendido por su urgencia, pero aquella mañana no había podido seguir fingiendo: sería una locura dejarle ver a Margot la clase de poder que ejercía sobre él.

Por eso había tenido que levantarse y salir de allí. Para

demostrar algo de ese afamado autocontrol.

Ahora estaban iguales. Había demostrado lo que quería demostrar.

Entonces, ¿por qué seguía allí, contemplando aves y olas, estando de luna de miel?

«Luna de miel…» la expresión y todo lo que implicaba rebotó en el interior de su cabeza, y echó a andar hacia la villa. Pero se detuvo. Mejor sería esperar un poco, a juzgar por el perfil de su erección. Refrescarse. Nadar un poco estaría bien antes de volver a ver a Margot, y no estaría mal hacerla esperar y que quisiera más.

Sin darse oportunidad de cambiar de opinión, se quitó la camisa y echó a andar decidido hacia el agua.

A ella la despertó el sol y el sonido de las olas. Tardó solo un momento en darse cuenta de que estaba sola, y de que el espacio que antes ocupaba Max en aquella cama estaba vacío.

Pero la almohada aún tenía la huella de su cabeza, olía a su piel, y por alguna razón, sonrió.

Qué estupidez sentirse tan feliz. Seguramente era buscarse un lío, pero aun así…

Respiró hondo.

La pesada carga que había llevado sobre los hombros aquellos días parecía haber desaparecido. Se sentía serena, porque ahora era libre de tocar a Max, de saborearlo, de rodear su cuerpo con las piernas sin culpabilidad ni vergüenza.

Max se había dejado el reloj en la mesilla. ¡Era casi mediodía! ¿Dónde se habría metido?

No recordaba cuándo se había quedado dormida, pero sí que él le había pasado el brazo por la cintura, pegándola a su cuerpo. También recordaba el modo en que esa mano la había sujetado para penetrarla.

Nunca se había sentido tan deseada y, bueno, solo había sido sexo, pero había sido real. Nadie podía fingir aquella clase de pasión y de ternura.

¿Acaso no cambiaba eso las cosas entre ellos?

–Estás despierta.

Se dio la vuelta, levantó la cabeza y lo miró. Max estaba en la terraza del dormitorio. Llevaba unos gastados pantalones cortos negros, una camisa vaquera desabrochada y gafas de sol. Su pecho y sus piernas aún llevaban gotas de agua y tenía el pelo empapado.

Se lo veía fresco, relajado e imposiblemente sexy, como un pirata de tiempos modernos, y cuando la miró recordó que estaba desnuda. Menuda tontería sentir vergüenza a aquellas alturas. Lo

había visto ya todo de ella. Y no solo visto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Max sonrió despacio.

–No te he oído levantarte –dijo–. Me habría ido contigo.

–No pasa nada. Necesitabas dormir.

Se quitó las gafas y entró hasta detenerse junto a la cama. A Margot se le aceleró el pulso viendo cómo recorría lentamente los contornos de su cuerpo con la mirada.

Se sentía como si flotara, y el corazón le batió furioso contra las costillas cuando dejó las gafas en la mesilla y se inclinó para besarla en la boca.

–Qué dulce… –susurró él, y sus entrañas empezaron a derretirse.

Siguió con besos lentos y tiernos, como si tuvieran toda la vida por delante.

Y así era, pensó ella al sentir una de sus manos en un pecho, y la caricia de su pulgar en el pezón.

En un instante le había robado el pensamiento, la identidad, incluso el aliento.

–Max, por favor… –jadeó, y se acercó más a él, buscando su contacto, esperando que se acercara, deseando que la tocase. Pero no lo hizo. Se limitó a acariciar una vez más su seno y a separarse.

Margot lo miró apretando los puños, tan tensa y acalorada que le pareció que iba a explotar.

–Creía que…

Pero no terminó la frase al ver que él se daba la vuelta, recogía el reloj y miraba la hora.

–Tengo que ducharme y desayunar, preciosa. Y además… además estoy seguro de que ya satisfice tu curiosidad ayer y esta mañana.

A Margot le dio un vuelco el estómago. Estaba hablando de aquel estúpido y más que estúpido comentario que había hecho en la habitación del hotel, unas palabras para las que había esperado el momento oportuno de tirárselas a la cara.

La ira se le mezclaba con la vergüenza al ser consciente de que había pensado que Max la deseaba con la misma desesperada urgencia con que ella lo había deseado a él, cuando en realidad solo se había tratado de demostrar algo.

Un aluvión de tristeza e indefensión cayó sobre ella, como una de las olas que llegaban a romper en la playa que se veía desde su habitación. Era la misma historia de siempre, una historia que había empezado siendo ella una niña, cuando intentaba reducir la tensión que crecía entre sus padres, y después entre su padre y sus abuelos. Estaba tan acostumbrada a buscar lo bueno y olvidarse de lo malo

que era casi su segunda naturaleza.

Pero ya no era una niña, y tampoco una espectadora. Aquello era su matrimonio. Su vida. Y no iba a quedarse contemplándolo todo con una sonrisa mientras él se dedicaba a sus juegos de poder.

Entró en el vestidor y sacó un vestido playero bordado en azul claro de la percha, se lo puso y, sin molestarse siquiera en peinarse, se colocó unas chanclas y salió a la terraza.

La playa estaba maravillosamente vacía. Se quitó las chanclas y bajó hasta donde la espuma de las olas se deshacía sobre la arena como la espuma de un champán.

Apretó los labios. No, champán, no. Estaba harta de champán. Harta de todo el mundo de las bodegas y de quienes tomaban parte en él. De Max en particular.

Solo pensar en él hacía que la cabeza le palpitase como si se hubiera bebido un magnum de Grand Cru.

Había pensado que el sexo iba a ser la única parte auténtica de su matrimonio, pero al parecer, había sido tan superficial y ficticio como todo lo demás. Y no solo en el futuro: el recuerdo de lo que compartieron años atrás había quedado manchado indeleblemente.

Solo ella era la culpable. Sabía cómo era Max. O debería haberlo sabido.

¿Qué clase de hombre chantajeaba a una mujer para que se casara con él?

El sonido de la música y la risa interrumpió sus pensamientos y, mirando hacia el mar, vio un velero surcando las aguas. En la blanca cubierta, un grupo de hombres y mujeres bailaba, con la cabeza echada hacia atrás para recibir el sol, y sus cuerpos en bañador irradiaban calor y felicidad.

Los miró con envidia. Parecían tan a gusto, tan desinhibidos. Le recordaron a Louis, Gisele y sus amigos. Y, cuando iba a continuar caminando, uno de los hombres debió de reparar en ella porque de pronto empezó a saludarla con la mano. Al instante eran todos los que la saludaban y gritaban.

Era imposible entender lo que decían, pero su excitación y su entusiasmo eran contagiosos, y les devolvió el saludo.

–¿Qué demonios estás haciendo?

Una mano tiró de su brazo con violencia. Max estaba a su lado. Iba en bañador. Y destilaba furia.

Volvió a hacer el gesto de despedida con la mano mientras que su ira llegaba al punto de ebullición.

–Creo que es obvio. Se llama saludar.

–No me digas chorradas. Estamos de luna de miel y estás aquí,

sola, saludando a un montón de desconocidos. ¿Y si fuera un barco lleno de fotógrafos?

–No lo era, y aunque lo fuese, lo que yo haga o deje de hacer, no es asunto tuyo. Y ahora, si has terminado, me voy a dar un paseo.

Mirándola, Max sintió una enorme frustración, algo que estaba empezando a repetirse con asiduidad desde que Margot había vuelto a entrar en su vida.

Antes, cuando había vuelto a casa de la playa, había sentido que las barreras que con tanta arrogancia había creado en su cabeza se desintegraban al ver su cuerpo glorioso, ofrecido tan tentadoramente entre las sábanas.

Menos mal que había logrado contenerse, también gracias a la ducha helada que se había dado.

Pero al volver al dormitorio, ya con la compostura adecuada, se encontró con que Margot simplemente se había levantado y se había largado sin decirle una sola palabra. Había recorrido toda la casa con la excusa de que había perdido el teléfono con el fin de no dar qué pensar a su personal.

Y ahora, cuando por fin la localizaba, no solo no se arrepentía lo más mínimo, sino que quería pelea.

–Ni mucho menos. Ahora eres mi mujer, y, si esperas que nuestro matrimonio sea civilizado…

–¡Civilizado! –estalló ella–. No sabes ni lo que significa esa palabra. ¿De verdad piensas que es civilizado usar lo que quieres y pasar simplemente a otra cosa cuando has terminado?

–¿De eso se trata todo esto? Ha sido solo una ducha, Margot.

La falta de sinceridad de su comentario hizo que la respiración se le bloquease en la garganta.

–No hagas eso, Max. No me trates como si fuera estúpida. No ha sido solo una ducha, sino una declaración de intenciones, y no pienso permitir que me trates como un juguete con el que puedes jugar y olvidar después.

–¿Te has vuelto loca? ¿Cómo iba a poder olvidarme de ti? Llevo treinta y cinco minutos buscándote.

A Margot el corazón se le salía del pecho.

–Pues has malgastado tu tiempo. Puede que legalmente seas mi marido, pero nuestro matrimonio es un acuerdo comercial que solo existe cuando estemos en público, que es precisamente lo que me acabas de demostrar.

Max dio un paso más hacia ella. La furia subía en él como el mercurio en un termómetro.

–Prefiero eso a que solo exista en el dormitorio.

–¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

–Lo sabes perfectamente. Es la razón por la que no quisiste casarte conmigo años atrás.

–No quise casarme contigo porque solo ibas detrás de mi dinero. ¿O es que has olvidado que tú mismo me dijiste que esa había sido la razón de pedirme que nos casáramos?

–Eso fue después de que tu hermano te hiciera el trabajo sucio. Pero lo menos que podrías hacer ahora es tener el valor de contar las cosas tal y como fueron.

–¿Y cómo fueron, Max?

–Para ti yo era bueno para el sexo, pero no para el matrimonio.

Hubo una breve pausa. Margot lo miraba como si de pronto hubiese comenzado a hablar en un idioma desconocido.

–Eso no es cierto. ¡No ocurrió así! No fue así.

–¿En serio? Entonces, ¿por qué te empeñabas en mantener lo nuestro en secreto? Ah, claro, se me olvidaba: estabas esperando que llegase el momento adecuado para decírselo a todo el mundo.

–Pues sí. ¿Y tu excusa cuál fue? Porque te recuerdo que no era solo yo la que quería mantener en secreto nuestra relación.

Max respiró hondo y, por un instante, sintió la tentación de decirle la verdad: que hacerlo público habría significado tener que compartirla con su familia, romper el hechizo de aquel verano. Pero logró mantener la cordura.

–Buen intento. Pero comparado contigo, yo soy un aficionado en lo que se refiere a silenciar las cosas.

–¿De qué estás hablando?

–Te estoy hablando de cuando te pedí que te casaras conmigo la primera vez. Te ofrecí un anillo. ¿Recuerdas lo que hiciste tú? ¿Lo que dijiste? ¿No?

Pues déjame que te lo recuerde. No hiciste ni dijiste nada. Te limitaste a actuar como si te hubiera avergonzado –clavó los ojos en ella–. No, mejor dicho, como si me hubiera avergonzado a mí mismo haciéndolo.

Ella se estremeció. No era así como lo recordaba. En su cabeza había un momento de sorpresa que había quedado engullido por la llegada de Yves. Su hermano lo consideraba un acto de traición personal de un hombre en el que confiaba y que le caía bien. Pero sobre todo estaba enfadado consigo mismo por no haberla protegido mejor, así que se había mostrado cruel e injusto.

Debería habérselo impedido, pero…

–No era vergüenza, sino sorpresa.

–¿Por qué? Habíamos hablado de casarnos…

–Sí, pero en un futuro. No en aquel momento. Tenía diecinueve años, Max.

Estaba en la universidad. ¡No, déjame continuar! –le pidió levantando las manos al ver que la iba a interrumpir–. Tienes que entenderlo. No tenía ni idea de que ibas a pedírmelo. No estaba en mi cabeza, y no estaba preparada.

Era joven y…

Dudó. Se estaban adentrando en terreno peligroso, y la posibilidad de enfrentarse a lo que iba a continuación le hizo desear meterse en un lugar oscuro y hacerse un ovillo. Pero viendo la expresión tensa y decidida de su cara, supo que esconderse no era una opción.

Respiró hondo.

–Y tenía miedo.

Max la miró en silencio. Estaba diciendo la verdad. Lo percibía en su voz.

–¿Por qué ibas a tener miedo? –preguntó, con más dureza de la que pretendía, y vio por cómo se había alterado su respiración que seguía teniendo miedo en aquel momento–. ¿Tenías miedo de mí?

–¿De ti? –ella negó con la cabeza y con los ojos abiertos de par en par–.

No, claro que no. Tenía miedo de cometer un error, de hacer lo que… bah,

¿para qué? –se interrumpió al ver que su expresión era la misma que tendría ante un complicado problema de aritmética–. No ibas a entenderlo.

Max pensó en su propio pasado, en sus propios miedos, y de pronto dejó de pensar y tomó sus manos.

–Puede que sí.

Temió que fuera a separarse, pero la vio suspirar.

–Vale… te va a parecer una locura, y seguramente no me vas a creer, pero, cuando me pediste que me casara contigo, no pensé en nosotros, o en el anillo que me habías dado, sino en el anillo de compromiso de mi madre.

Max frunció el ceño.

–Me imagino que no te interesarán demasiado los cotilleos sobre los ricos, pero ¿has oído hablar de mis padres?

Max asintió. Recordaba que su madre había seguido la historia en los periódicos, pero él era demasiado joven como para que le importara.

–Solo lo justo. Que se fugaron y que más tarde tu madre murió accidentalmente por sobredosis.

Había hablado con suavidad, intentando reducir el impacto de sus palabras.

–Se fugaron cuando mi madre tenía diecinueve años. Fue un terrible escándalo. Todo el mundo los buscaba y acabaron escondiéndose en Marrakech, en la casa en la que ahora está Louis.

Sonrió débilmente, y él sintió que algo pesado le caía sobre los hombros al ver su dolor.

–Eran tan jóvenes y guapos que a todo el mundo le pareció algo muy romántico, pero su fuga acabó con mis abuelos, y la realidad no tuvo nada de romántica. Desde fuera, parecían la pareja perfecta, pero su relación había comenzado y terminaba en el sexo, y eso no es algo saludable o feliz. Solo compulsivo. Como una adicción.

–¿Y pensaste que eso nos pasaría a nosotros?

Margot parpadeó varias veces.

–Creo que no pensé nada. Simplemente me aterroricé.

Por un instante consideró la posibilidad de contarle toda la verdad. Que lo quería y que seguía siendo el único hombre al que había querido, pero ya había revelado bastante de sí misma, y decirle la verdad no cambiaría los hechos. Él no la quería entonces, y tampoco ahora.

Max contempló por primera vez una versión distinta de los hechos, y se dio cuenta de que no solo había sojuzgado a Margot entonces, sino que además había reaccionado exageradamente.

–¿Por qué no me habías hablado antes de tus padres?

Ella se encogió de hombros, y la resignación de ese gesto lo dejó sin aliento.

–Supongo que porque no estaba segura de si podía confiar en ti.

–¿Por eso mantuviste lo nuestro en secreto?

Ella tardó un momento en contestar.

–Puede que al principio, pero después, no. Después solo quería que estuviéramos tú y yo. Adoro a mi familia, pero pueden ser muy exigentes.

–¿Te refieres a tu padre?

Se le había olvidado que se conocían.

–Tengo entendido que lo despertaste.

Max hizo una mueca.

–Esas acciones me han costado algo que nunca sabrás.

–Estabas equivocado, Max –respondió ella, volviendo a su acusación–. Yo jamás me avergoncé de ti, pero sabía que, si se lo decía a mi familia, lo complicarían todo. Es lo que pasa con ellos.

–¿Y tú, qué haces?

–¿Yo? Yo soy como un pegamento de esos que vale para todo.

Era mucho más que eso. Tenía la sensación de haberse pasado la mayor parte de su vida buscando solución a los problemas de su familia, y se preguntó qué habría ocurrido si hubiera dejado de hacerlo. ¿Era esa la razón de que la quisieran? ¿Por lo que hacía por ellos, y no por quien era ella?

Se encogió de hombros después de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta.

–Hago que todo parezca perfecto, y eso, con mi familia, es prácticamente un trabajo a tiempo completo. Por fuera parecen impecables, pero mi padre es una prueba viviente de que las apariencias pueden ser engañosas.

Max se la quedó mirando en silencio, como si tuviera algo en la cabeza y, a continuación, se acercó para abrazarla.

–Es cierto, pero a veces las cosas sí que son lo que parecen. Como la química que hay entre nosotros. Es real. No puedes fingirla, ni intentar convencerte de que no existe –dijo, acariciando su pelo–. Tenías razón en lo de esta mañana. Estaba intentando demostrar algo, pero por desgracia, lo único que he acabado demostrando es que soy un idiota.

Después de su sinceridad, y del valor que tenía que haber necesitado para serlo, Max se enfadó consigo mismo. Margot no era la persona que él había creído que era. No era egoísta ni egocéntrica. Más bien todo lo contrario: parecía haberse pasado la vida sacrificándose para satisfacer las demandas de su familia.

–¿Por qué crees que cambié de opinión en cuanto a lo de volver a Francia?

Margot lo miró en silencio. No entendía por qué le hacía esa pregunta en aquel momento.

–Porque yo te deseo tanto como tú a mí, Margot. Más de lo que nunca he deseado a ninguna otra mujer. No quería disfrutar de la luna de miel contigo por lo que la gente pudiera decir si no la teníamos –sonrió–. Creo que me conoces lo bastante bien para creer que puedo ser fiel a mí mismo ante el mundo.

Ella asintió con una tímida sonrisa.

–Pero está claro que no te he dado razones suficientes para creer que cambiar mi punto de vista no era un acto irreflexivo, de modo que déjame que te lo aclare ahora. Cambiar nuestro plan no era para molestar a tu familia, pero ahora sé que lo he hecho y lo siento. Siento no haber hablado contigo desde el principio. Y siento haberme comportado como un cretino esta mañana.

Agarrándola delicadamente por la barbilla, la besó en los labios.

–Sé que no me he cubierto de gloria estos últimos días, pero no soy un monstruo. Aún no es demasiado tarde para volver a Francia y, si es eso lo que quieres, házmelo saber.

Margot se mordió el labio inferior. Aquello era una rama de olivo, o puede que un intento de reparación.

–¿Harías eso por mí?

–Por supuesto. Eres mi esposa, y yo no tengo por costumbre hacer promesas vacías.

Mirándolo y con sus palabras repitiéndose dentro de su cabeza, Margot se sentía indecisa. En parte quería hacer las cosas bien con su abuelo, pero Max se había disculpado y había admitido que la deseaba. Que la atracción entre ellos era especial.

–Quiero quedarme, pero me gustaría que hablásemos con mi abuelo y con Louis.

–Entonces, eso es lo que yo quiero también –le dijo con suavidad y, al abrazarla, Margot sintió que el corazón le latía de manera irregular.

Capítulo 8

MARGOT cerró los ojos y dejó que el libro que estaba leyendo se le escurriera de las manos.

Tras una noche en brazos de Max, se había animado a leer junto a la piscina. El sol se sentía maravillosamente bien en la piel, y ella también se sentía maravillosamente bien. Por fin le había contado a su familia lo de su boda, y no se podía creer lo bien que había ido todo.

Max había estado con ella todo el tiempo, dándole la mano. Poca gente tenía el carisma y la confianza necesarios para enfrentarse a un hombre del estatus y la gravedad de su abuelo. Pero, oyendo a Max hablar, nadie pondría en cuestión la validez de su matrimonio.

¿Cuándo habría aprendido a comportarse con semejante seguridad? Era su esposo, pero su pasado era un misterio para ella, casi tanto como lo había sido diez años atrás.

Recordando su comentario sobre las promesas vacías, se preguntó qué querría decir. Le habría gustado preguntárselo, pero su forma de decirlo no la había animado a hacerlo. En el pasado ocurría siempre igual. Si alguna vez se animaba a preguntarle sobre sí mismo, cambiaba de tema. Entonces tenía diecinueve años y creía que no importaba que apenas supiera nada de él.

Además, estaba enamorada y demasiado deslumbrada por que la tratase como a una mujer y no como a la hermana pequeña de Yves, pero ahora…

Suspiró. Habían firmado una especie de tregua, pero por mucho que le habría gustado asomarse a las complejidades de su pensamiento, no era lo bastante valiente para preguntarle por su pasado o por su vida privada.

O peor aún: por sus sentimientos.

Y, aunque era estúpido, absurdo e incluso peligroso dejarse llevar por aquel entorno idílico y pretender reinventar su historia para ponerle un final feliz, a cada hora que pasaba deseaba con más ahínco que su intimidad y el deseo que sentían el uno por el otro fuese más que una simple atracción física.

Unas manos cálidas se deslizaron por su espalda y el pulso se le aceleró como un pez asustado.

–Eh, dormilona.

Max le rozó el cuello con los labios, y ella sintió una oleada de

calor en el punto en que acariciaba su piel.

Se dio la vuelta y abrió los ojos, y no le quedó más remedio que preguntarse si alguna vez se acostumbraría a lo guapo que era.

–No estaba durmiendo. Estaba adorando este sol. ¿Por qué no te unes a mí?

Él tomo su cara entre las manos y la besó suavemente en los labios.

–Me gusta mucho más adorarte a ti.

La mirada de sus hermosos ojos hizo que los huesos de su cuerpo perdieran la consistencia.

–Pero como soy un gran devoto, y tardaré un tiempo, creo que deberíamos irnos a un sitio más cómodo –sugirió, y tirando de sus manos, la condujo de vuelta al dormitorio.

Hicieron el amor lenta y apasionadamente toda la mañana, deteniéndose solo para que Max se levantara para ir a buscar la comida, que devoraron con las manos.

Luego pasearon por la orilla, felices de ir simplemente de la mano y recoger conchas y trozos de madera que había sacado la marea, hasta que al final hacía ya demasiado calor y se retiraron a la villa y a la cama de nuevo.

–¿Estás bien?

Margot miró a Max. Estaba en sus brazos, con el cuerpo húmedo y febril, aún con la respiración agitada.

–Yo sí. ¿Y tú?

–Sí, pero…

–¿Pero qué?

Sabía que, como no se diera prisa, no tardaría en perder la capacidad de pensar y de hablar.

Hablaba tranquilo, pero su expresión le contradecía.

–Tengo que hacer una llamada.

¿Precisamente en aquel momento? ¿No podía hacerlo otra persona?

El pensamiento debió de reflejársele en la cara.

–Esta no la puedo delegar –contestó–, pero no tardaré –le brillaron los ojos al contemplar su cuerpo desnudo–. Te lo prometo.

La besó brevemente en los labios, se levantó y se puso unos finos pantalones de lino.

–¿Dónde vas?

–Al estudio. Tengo que hacerlo –dijo cuando ella hizo ademán de protestar–. No puedo concentrarme contigo aquí, como una…

Las palabras le fallaron cuando ella se recostó en las almohadas y se humedeció los labios.

–¿Como una qué?

–Margot, por favor, que ya es bastante duro –se quejó.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

–¿Qué está duro exactamente?

–Muy graciosa.

La mirada que él le dedicó hizo que el corazón le rebotase en las costillas.

–No te muevas de esta cama. Tardaré diez minutos como máximo, y luego tú y yo vamos a…

Margot siguió mirándolo a los ojos mientras el silencio llenó la alcoba.

–Diez minutos –repitió él, apretando los dientes, y salió rápidamente.

Margot se dio la vuelta y se llevó la almohada de Max al estómago. Quería atrapar el último calor de su cuerpo.

Aquello era una estupidez, teniendo en cuenta que se trataba solo de lujuria, pero el hecho de que la deseara tanto la hacía enormemente feliz.

Era un incordio que el trabajo se hubiera entrometido, pero en cierto modo le complacía que estuviera tan comprometido a honrar la promesa que le había hecho de hacer renacer su empresa.

Agarrada a la almohada, escuchando el sedante ritmo del mar mientras imaginaba su regreso, debió de quedarse dormida. Cuando se despertó notó que la luz había cambiado y consultó el reloj del teléfono. Max había dicho diez minutos, pero habían pasado más de veinticinco.

No sabía si ir en su busca o esperar. Seguramente no tardaría. Pero otros cinco minutos más y ya no pudo soportarlo. Se levantó y se puso la camisa que él se había quitado la noche anterior.

Aparte del sonido de las olas, la villa estaba en silencio. El personal no solo era discreto, sino virtualmente invisible. De hecho, solo había visto a Aurelie, el ama de llaves, en una única ocasión desde su llegada.

En el pasillo tomó la dirección del estudio, pero al llegar se encontró con la puerta entreabierta y dudó al oír la voz de Max. No pudo oír con exactitud lo que decía, pero había un calor, una ternura en su tono que puso todos sus sentidos en alerta. No podía estar hablando con su asistente, ni con su abogado. Era la clase de ternura que solo dos personas que han mantenido una relación íntima pueden compartir, y supo instintivamente que estaba hablando con una mujer.

Y no con cualquier mujer, sino con una a la que quería mucho.

Por un momento no pudo moverse. Las piernas parecían habérsele vuelto de hielo. Después respiró hondo, puso la mano en el pomo, y abrió despacio.

Max se encontraba de espaldas. Miraba por la ventana con el móvil pegado a la oreja y de pronto sintió que la sangre le rugía en los oídos.

–Mira, tengo que dejarte.

La ternura de su voz la llenó de tristeza.

–Lo sé. Ojalá tú también estuvieras aquí, pero te llamaré mañana, te lo prometo.

Margot lo vio colgar sintiendo tanta tensión en el pecho que temió que le fuese a estallar. Y aunque se había sentido horriblemente mal un instante antes, supo que nada en la vida le iba a doler tanto como ver en aquel momento la verdad en sus ojos.

–¿Cuánto tiempo hace? –preguntó–. ¿Cuánto? –repitió con más fuerza–.

¿Cuánto hace que os veis?

–Creo que estás un poco confundida…

Pero ella se le plantó delante porque no podía soportar más mentiras.

–En realidad, creo que estoy muy confundida. Tanto que había empezado a creer que querías que esto funcionara. ¿Cómo lo dijiste? «No tengo por costumbre hacer promesas vacías» –apretó los dientes en un intento de controlar la desolación y la desesperación que le cerraban la garganta–. Qué idiota soy. ¡Pensaba que hablabas de mí, cuando en realidad era de tu amante!

–¿Amante? Estás muy confundida si crees que yo tendría una amante.

–¡No me mientas, Max! –explotó ella–. Te he oído hablar. He oído cómo hablabas con…

–No, Margot. Me has oído hablar con mi madre.

Margot se quedó muda. Hasta aquel instante, nunca le había oído hablar de ningún familiar. De hecho, estaba convencida de que no tenía familia.

–¿Tu madre?

–Sí, mi madre.

La voz le había cambiado. Había un tono áspero en ella que la arañó por dentro y él se volvió hacia la ventana.

–Max…

Dio un paso hacia él, pero se detuvo. Conocía su ira. Podía ser fría como el hielo o arder bajo su piel, pero aquello era distinto. Había un tinte de desesperación y sufrimiento que no había visto

antes.

–Vete, Margot.

–No. No me voy a ir a ninguna parte.

Muy despacio, Max se dio la vuelta.

«Amante».

¿Cómo podía causar tanto dolor una sola palabra? En realidad, era una palabra que englobaba la esperanza perdida de su madre y su propia indefensión. Una indefensión que no podía permitir que ella viera.

Pero no había escapatoria porque estaba dentro de la habitación, bloqueando la puerta.

–Esto no es problema tuyo.

–Sí que lo es –respondió ella, acercándose–. Yo también he hecho promesas.

–Sí… bajo presión.

–No es cierto. Tenía otras opciones, y fui a la iglesia por voluntad propia.

Dudó, pero antes de que él tuviese tiempo de reaccionar, dio dos pasos más y tomó su mano.

–Y estoy aquí por mi propia voluntad. ¿Estás bien?

Estaba preocupada por él, eso estaba claro, pero fue su contacto, suave pero firme, lo que lo animó a revelarle la verdad, porque estaba ante él no como alguien que se sacrifica, sino como una igual.

–Es que se preocupa si no la llamo cuando he dicho que voy a hacerlo.

Margot asintió. Cumplía sus promesas.

–¿Está todo bien?

Él asintió.

–Me echa de menos. Pero hemos hablado y ahora está bien.

Lo que más deseaba en el mundo era quedarse con él en aquella isla, pero no dudó.

–¿Necesitas volver?

Él negó con la cabeza.

–Tiene gente con ella. Son buenos. No solo buenos profesionales, sino buena gente. Confía en ellos.

–¿Es que no está tu padre?

Le llamó la atención no conocer la respuesta a aquella pregunta, dado que se la hacía al hombre que había dominado su vida desde que era una adolescente.

–Nunca ha estado. La relación se terminó incluso antes de que supiera que estaba embarazada. Se lo dijo, pero… –se encogió de

hombros–. No pasa nada. No se puede echar de menos lo que no se conoce.

–Supongo –respondió ella, ya que no quería quebrar el frágil hilo de sus pensamientos–. Pero debió de ser duro para ella.

Margot sintió que Max le apretaba la mano.

–Lo hizo bien. Y no siempre estuvo sola. Cuando yo tenía unos once años, conoció a un tipo que se llamaba Paul. Mi madre trabajaba de recepcionista en un bufete de abogados, y él era un cliente.

–¿Cómo era?

El sol que entraba por las ventanas hacía que los ojos le brillaran como piedras preciosas.

–Yo tenía once años, así que creo que no sabría decirte cómo era. Tenía una empresa de logística, pero para mí lo importante era que tenía tres coches, dos de ellos descapotables, y que le gustaba el mismo equipo de fútbol que a mí, así que me parecía genial.

Su gesto se suavizó.

–Y hacía feliz a mi madre. Ella se preocupaba mucho por el dinero, por el trabajo, por mí, pero, cuando conoció a Paul, se relajó. Supongo que le sentaba bien tener a alguien en quien confiar.

Margot asintió. Sabía exactamente cómo debía de haberse sentido la madre de Max, el alivio de no estar sola, de no tener que ser siempre quien estuviera al cargo.

–Nos trasladamos a una casa nueva y Paul más o menos se vino a vivir con nosotros. Viajaba mucho, pero eso no importaba. Para entonces yo ya me di cuenta de que no le interesaba mucho, pero eso tampoco me importó porque nos llevaba de vacaciones y me compraba botas de fútbol. Pero para mi madre sí era importante. Ella quería casarse con él. Se lo pregunté en una ocasión, pero me dijo que era demasiado pronto para él y que necesitaba que su negocio estuviera bien establecido. Le regaló un collar en lugar de un anillo, yo me fui a un internado y supongo que, simplemente, me olvidé.

Algo en su voz hizo que su tensión creciera, pero se obligó a hablar como si no ocurriera nada.

–¿Te gustaba el internado?

–No estaba mal. Se me daban bien muchas cosas, y estaba en el equipo de fútbol y en el de rugby, así que me pasaba el tiempo entrenando y jugando.

No me quedaba tiempo para sentir nostalgia.

–Pero volvías a casa, ¿no?

Max estaba muy rígido.

–Solo los sábados por la tarde, después del partido. Excepto en una ocasión.

–¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

Margot esperó conteniendo el aliento.

–Llevaba más o menos un año fuera. Era finales de noviembre y se rompió la caldera de la calefacción. Nos enviaron a casa, pero algunos decidimos no ir, y nos largamos todos a París. Fue entonces cuando lo vi. Pasábamos junto a un restaurante y él estaba dentro, sentado a una mesa con una mujer y tres niños, un chico y dos chicas. Entonces fue cuando me di cuenta. No era que no quisiera casarse con mi madre, sino que no podía porque ya estaba casado.

–¡Eso es horrible! ¿Se lo dijiste a tu madre?

Tardó un momento en contestar, y fue como si el silencio saliera de la habitación, atravesara el océano y llegase a la línea del horizonte.

–No tuve que hacerlo, porque ya lo sabía. Llevaba años sabiéndolo y esperando –Max movió la cabeza–. Me enfadé, me puse como un loco con ella. Le dije que tenía que olvidarse de él, y le di un ultimátum –sonrió sin humor–. Ya sabes lo bien que se me dan.

–¿Qué pasó?

–Se enfrentó a él, y él le dijo que aunque no hubiera estado casado ya, que ella no valía para esposa. Que las mujeres como ella solo valían para el sexo.

Buscó desesperada algo que decir, pero no podía hablar, en parte por la brutalidad de sus palabras, pero lo que le había dejado muda era el recuerdo que acababa de aflorar: la acusación de Max en la playa sobre que era «bueno para el sexo, pero no para el matrimonio».

En aquel momento pensó que no era más que un insulto, pero acababa de comprender que su elección de palabras había sido deliberada. Diez años atrás, cuando ella había estado demasiado atónita para hablar en su defensa, él había pensado que la historia se repetía, que lo estaba juzgando como Paul había juzgado a su madre.

Se le encogió el corazón y sintió unos deseos tremendos de llorar, porque comprendió que su silencio había sido tan cruel como las palabras de Paul.

No solo le había hecho daño, sino que había apuntalado el miedo tan enraizado que sentía de no ser lo bastante bueno. No era de extrañar que hubiera deseado hacerse con las acciones de su

padre. Necesitaba probarse a sí mismo, y demostrarle a ella que se equivocaba.

Max respiró hondo. Nunca había hablado tanto o tan abiertamente. Se sentía exhausto, pero el rostro de Margot solo mostraba preocupación, y eso le dio fuerzas para seguir.

–No debía de gustarle sentirse como el malo de la película, y así acabó todo. Rompió con ella. Dejó de pagar el alquiler y mis estudios. Mi madre se vino abajo. No podía salir de casa, y mucho menos trabajar. Sigue sin poder hacerlo. Por eso no vino a la boda. No habría podido aunque la hubiéramos celebrado en Francia –sonrió, rígido–. Al final, nos fuimos a vivir a un apartamento en Saint-Denis. ¿Te suena?

Ella asintió. Claro que lo conocía. Era el décimo *arrondissement* de París, conocido por sus grandes edificios de hormigón y por un elevado índice de delincuencia.

Max recordaba perfectamente el momento en que se mudaron al apartamento, con sus ventanas rotas y la puerta sepultada bajo los grafiti. En un abrir y cerrar de ojos, su madre se había retraído en sí misma, y él empezó a trapichear y a cometer pequeños delitos.

–Fue un tiempo difícil –se sonrió sin alegría–. Cambiar de casa, de colegio y mi madre tan destrozada. Empecé a meterme en líos en el colegio… cuando iba. Fumaba, robaba, me peleaba… hasta que me superé a mí mismo y me colé en el despacho de Paul. ¡No te preocupes, que no te has casado con un delincuente! –exclamó al ver su cara–. No sé por qué, pero Paul bajó a hablar con la policía y no me detuvieron. Luego me consiguió un trabajo, ayudando en el viñedo de uno de sus amigos. El primer día que ayudé a vendimiar, me quedé enganchado. Cinco años después, acabé trabajando para Yves, y el resto ya lo sabes.

Se detuvo de pronto, y el silencio que siguió resultó tan denso que Margot quiso llenarlo a toda costa, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

–¿Por qué crees que te ayudó Paul?

Él frunció el ceño.

–Creo que se sentía culpable por lo que le dijo a mi madre y por cómo la había tratado. Puede que incluso por cómo me había tratado a mí también.

–No es para menos –replicó ella, y la indignación que percibió en su voz le hizo sonreír.

–¡Y yo que creía que me ibas a esposar!

Sus miradas se enlazaron y un pulso de calor comenzó a latirle en la piel.

–¿Lo creías o lo deseabas?

Max tiró de ella y hundió la cara en su pelo.

–Lo siento –murmuró.

–¿Por qué? He sido yo la que he sacado conclusiones estúpidas y te he hecho acusaciones aún más estúpidas. Y, si estás hablando de nuestro matrimonio, ya te he dicho antes lo que pienso: que acudí a la capilla por mi voluntad. Y que volvería a hacerlo ahora mismo.

A Margot le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que su relación era mucho más que física. Que, en un momento indeterminado, le había abierto su corazón.

Por un momento estuvo a punto de decirle que seguía queriéndolo, más incluso que antes, y además incondicionalmente, pero, al mirarle a la cara, supo que aquello no tenía que ver con ella ni con sus sentimientos.

–Da igual. Siento haberte puesto en una situación imposible –Max dudó–.

Y esa no es la única razón por la que me disculpo. Cuando te conocí, todavía estaba hecho un lío.

Ella sonrió.

–Pues tú a mí me pareciste de maravilla.

Él también sonrió.

–Puede que por fuera sí, pero las cosas llevaban tanto tiempo siendo difíciles para mí que, cuando empezamos a estar juntos, yo no quería por nada del mundo ser como mi madre y quedarme sentado, esperando y deseando. Quería tener el control.

Era la primera vez que articulaba aquellos pensamientos, incluso para sí mismo, pero por alguna razón, quizás por la firmeza de los brazos de Margot alrededor de su cintura, o por la dulzura de su mirada, quería que ella lo supiera.

–En el fondo creo que sabía que era demasiado pronto y que no estabas preparada, pero quería que las cosas fueran definitivas entre nosotros, y por eso te pedí matrimonio. Pero Yves apareció, y se oponía con tanta fuerza a la idea que…

–Se llevó una sorpresa monumental –intervino ella–. Él pensaba lo mismo que yo sobre el matrimonio de nuestros padres. Habría sido igual con cualquier otro.

–Quiero creerte, y quizás pueda, pero hizo que me sintiera estúpido y pequeño, y tú no dijiste nada. Estaba enfadado y angustiado, y por eso te dije que solo te quería por tu dinero, pero no era verdad. Únicamente quería hacerte daño.

Margot sintió que la pena se le arremolinaba en el pecho, contemplando aquel momento desde su perspectiva. Le pareció

lógico que se sintiera herido.

Yves había sido brutal, y con su silencio ella había apoyado su brutalidad.

Qué desastre…

–Debería haber detenido a Yves. Si hubiera dicho algo…

–No habría cambiado nada –contestó él–. Estaba demasiado enfadado, demasiado herido. Todos lo estábamos. Y ya no importa. Puede que hayamos tardado mucho tiempo en llegar hasta aquí, pero todo ha salido bien.

Su mirada era muy dulce, y Margot sintió que le caldeaba la piel.

–Eres mi esposa, y ahora estamos juntos. Eso es todo lo que importa.

Tomó su cara entre las manos y la besó. Su corazón quería estallar porque no podía ignorar los hechos. Deseaba que Max la quisiera, pero no era así. Ni en el presente, ni en el pasado.

Pero, cuando sintió sus manos bajo la camisa, todo pensamiento racional desapareció. Tiró de la camisa hasta que los botones saltaron y sintió el aire fresco en la piel. Sus pezones se endurecieron, y con un gemido en los labios, acarició su pecho y él, conteniendo el aliento, la apretó contra su cuerpo…

Capítulo 9

EL CORAZÓN le latía con fuerza y retrocedió torpemente hacia atrás. ¿O era él quien la empujaba? Un instante después, la subía a la mesa, apartando de un manotazo los papeles.

Durante unos segundos solo la miró y, a continuación, se inclinó sobre ella para empezar besándole el cuello e ir bajando hasta sus pechos, lamiendo primero un pezón y después el otro.

Ella arqueó la espalda, contuvo el aliento, y se dejó caer de nuevo sobre la pulida superficie de la mesa cuando él se arrodilló y la tomó con la boca.

Jadeando, Margot se movía contra él, levantando las caderas, temblando, deseando más, y un instante después lo agarraba por el pelo para que se levantase, desabrocharle los pantalones y agarrar su pene con las manos.

Él gimió y tomando sus manos en las suyas, la penetró.

–Mírame –murmuró.

Con las piernas rodeando sus caderas, Margot lo miró mientras él empujaba con más y más fuerza, el calor de su mirada tan abrasador como el que sentía entre los muslos, hasta que un momento después, se agarró a él y gimiendo, ambos se unieron en un glorioso clímax.

Margot cerró los ojos y él hundió la cara en su cuello. No podía moverse, y mucho menos hablar. Y no quería hacerlo. Deseaba quedarse en sus brazos para siempre, respirando el mismo aire que él respirase.

Lo sintió moverse y abrió los ojos. La estaba mirando y aún temblaba.

–¿Estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad?

–Esta mesa es mucho más cómoda de lo que parece.

–Estaba pensando todo el rato que deberíamos habernos ido al dormitorio, pero es que estaba desesperado –dijo, ayudándola a incorporarse.

Margot sonrió.

–No sé si sentirme ofendida por que tuvieras claridad de pensamiento para pensar en algo, o halagada por tu desesperación.

Max le apartó el pelo de la cara y sonrió.

–Decir «claridad de pensamiento» creo que es ir demasiado lejos –la besó en el cuello y en el inicio de los pechos–. No sé qué me pasa cuando estoy contigo, pero desde luego tiene muy poco que

ver con el pensamiento. Solo con el deseo. Y con los sentimientos.

A Margot le dio un vuelco el corazón, pero sabía que los sentimientos de los que hablaba eran físicos, no emocionales, y el deseo sexual no tenía nada que ver con el amor.

Manteniendo la sonrisa a pesar del dolor que sentía, contestó:

–A mí me pasa lo mismo.

Max respiró hondo y la abrazó con fuerza antes de besarla apasionadamente, y como sus pezones se rozaron contra su pecho, sintió que ella volvía a excitarse, y su propio cuerpo palpitó en respuesta.

Con un suave gemido, rompió el beso y le puso una mano en el centro del pecho.

–Max…

–¿Sí?

–¿Crees que seríamos capaces esta vez de llegar a la alcoba?

Asintió sin dejar de mirar su boca y tiró de ella hacia la puerta.

Más tarde, salieron a nadar en la piscina y a tumbarse al sol.

–¿Estás bien así? –preguntó Margot

Ella, desde luego, no quería ir a ninguna parte ni hacer nada, pero es que ella estaba enamorada. Lo único que deseaba hacer era pasar hasta el último minuto de cada hora con él, saboreando el momento, absorbiendo hasta el último detalle.

–Solo hemos salido de la villa en una ocasión, y no nos quedan más que otros cinco días. ¿Preferirías que hiciéramos otra cosa?

Max la miró a los ojos y, sonriendo, negó con la cabeza.

–Tu pensamiento es como una carretera de una sola dirección.

–No es que tenga una sola dirección–contestó él, acariciándole la cadera–, es que tiene un único destino.

Fue a detener su mano porque sabía que, de no hacerlo, le rogaría que le quitase la ropa y la tomase allí mismo, en la terraza, pero Max tiró de su muñeca y la atrajo hacia él, con lo que quedó pegada a los músculos tonificados y calientes de su abdomen.

La boca se le quedó seca. Le maravillaba lo que compartían, le maravillaba sentir la presión de su boca en la suya, el contacto de sus manos y el peso de su cuerpo, pero, sintiendo lo que sentía, debía andarse con cuidado. Estando en sus brazos, era tentadoramente fácil empezar a fantasear con el amor verdadero y los finales felices, pero cada vez que pensaba en dar un paso atrás, lo miraba y le faltaba el aire para respirar.

–¿Qué pasa?

–Nada –sonrió–. Es que me parece una pena haber venido hasta aquí y ni siquiera echar un vistazo a los alrededores. Es todo tan

bonito… seguro que debe de haber sitios sorprendentes.

Él bajó la mirada a los tres triángulos de color turquesa que cubrían su cuerpo.

–Ese bikini es sorprendente.

–¡Hablaba de las vistas!

–En ese caso, ahora que lo mencionas, hay algo que me gustaría poder examinar. Tienes una cicatriz chiquitita justo debajo de…

Margot le dio con el puño en el brazo y él rompió a reír.

–¡Eres imposible! –se rio–. La gente hace más cosas en la luna de miel, además de arrancarse la ropa.

–¿Y eso es lo que quieres hacer? ¿Otras cosas? ¿Turismo?

Margot iba a responderle en el mismo tono jocoso en que habían estado hablando, pero notó que, a pesar de que Max sonreía, su mirada era seria, expectante, como si su respuesta importase. ¿Por qué le había hecho esa pregunta? ¿Creía quizás que se aburría? ¿O que preferiría estar en otro sitio, con otra persona?

–No, estoy muy a gusto aquí contigo. Solo quería estar segura de que es lo que tú querías.

–No me importa lo que hagamos siempre que esté contigo –respondió él, y la besó en los labios–. Es todo lo que quiero… estar contigo.

Los últimos días habían sido duros. Discutir con Margot, verla tan dolida y hablarle de su pasado había sido doloroso, pero había valido la pena porque ahora tenía todo lo que siempre había deseado. Era el mayor accionista de una de las bodegas más antiguas y de mayor prestigio del mundo y, más importante aún, Margot era su mujer.

Su vida estaba completa, y debería disfrutar de ello. Quería disfrutar de ello, pero no lo estaba consiguiendo. La inquietud no lo abandonaba.

Ella parecía relajada leyendo un libro, feliz, más feliz incluso de lo que la recordaba cuando era aquella joven seria de años atrás.

Pero él no lograba relajarse, y desde luego no contribuía a lograrlo que, desde que habían salido a la terraza, la conversación que habían mantenido antes no dejase de repetirse en su cabeza.

Hablar de su madre, recordar lo mucho que le habían afectado los comentarios y la falta de compromiso de Paul, habían reverdecido su sentimiento de indefensión y la ira que pugnaba en su pecho.

Durante años, esos recuerdos y esos sentimientos habían sido como un pez en un estanque durante el invierno: estaban allí, pero al mismo tiempo no estaban, inmóviles y silenciosos bajo la capa de

hielo. Y ahora era como si hubiera roto ese hielo y no pudiera dejar de pensar en su madre y en Paul, en Margot y en sí mismo.

No es que pretendiera conscientemente reescribir la historia, pero por primera vez se había dado cuenta de que, en muchos sentidos, su pasado había ido dirigiendo sus actos, empujándolo a buscar la certeza y la legitimidad que su madre tanto había anhelado. ¿Cómo si no iba a haber sido capaz de construir un negocio con un valor de miles de millones en menos de diez años?

¿Por qué si no iba a pedirle a Margot que se casara con él después de estar viéndola en secreto dos meses? ¿Y por qué había hecho caso omiso de la lógica y el instinto para casarse con ella?

Tomó aire de golpe y se volvió a mirarla. Seguía tumbada al sol. Siempre, desde el principio, había analizado su relación desde su propio punto de vista.

Solo importaba su pasado, su orgullo, sus sentimientos… sus motivaciones.

Pero no se trataba solo de él.

«Tenía otras opciones, y entré en esa capilla por mi propia voluntad».

De pronto tuvo la certeza de saber por qué se sentía tan inquieto.

Margot era su esposa, pero lo cierto era que nunca habría elegido casarse con él si no la hubiera forzado a ello, forzado a elegir entre sacrificarse ella o sacrificar a su familia.

¿Qué clase de elección era esa?

La había obligado a casarse, utilizando el amor que sentía por su abuelo y su hermano para salirse con la suya, pero ahora, habiéndola forzado a elegir, ¿dónde quedaba él? ¿Dónde quedaban ellos?

–Estaba pensando en lo que has dicho antes sobre hacer otras cosas –dijo Max, acercándose a besarla en el hombro–. Y se me ha ocurrido que podríamos ir a bucear esta tarde. Danny puede llevarnos en el bote y pasaríamos un par de horas en el agua.

Estaban comiendo en la terraza una delicada ensalada de langosta y espárragos seguida por un carpaccio de atún y una tarta de lima.

–Me encantaría –respondió ella, sintiendo el amor correrle por las venas.

Le gustaba la serenidad y el ritmo de cámara lenta al que transcurría la vida bajo las olas. Había algo intensamente sedante en hundirse bajo la superficie del agua, y cuanto más se descendía, más fácil era olvidarse de las preocupaciones que te ataban a tierra

firme.

Y eso era exactamente lo que necesitaba hacer. Lo que había decidido hacer.

–¿Y no te importaría nadar entre tiburones?

–¿No es eso lo que he estado haciendo toda la semana?

–¿Así es como me ves? –inquirió él con una mueca.

Margot estudió su cara. Tanto había cambiado en tan poco tiempo… una semana atrás habría reparado solo en la línea implacable de su mentón, o en la expresión precavida de su mirada. Ahora sabía que no era un tiburón.

Conocía su lado más delicado de primera mano, y no solo el que mostraba haciendo el amor, sino el que le había revelado con sus confidencias.

–No, no pienso que seas un tiburón –sonrió–. Eres más un pez payaso.

Hubo un instante de silencio y a continuación Margot estalló en risas cuando tiró de ella y hundió la cara en el hueco de su cuello.

Seguía riéndose cuando se oyó un ruido distante.

–¿Qué ha sido eso?

Los dos se volvieron a mirar. En el horizonte, tan lejos que casi parecía humo, una nube negra y suelta se cernía sobre las aguas. En la playa, las olas eran algo más bruscas de lo normal.

–Debe de ser una tormenta, pero no te preocupes, que seguramente no pasará por aquí. Y, si llegara, no será por mucho tiempo en esta época del año –apuró lo que le quedaba de café–. Voy a hablar con Danny. Siempre está atento a la meteorología, y nos dirá si podemos salir…

Su móvil sonó y la sonrisa desapareció de su cara.

–Perdona, es mi madre. Voy a contestar.

Antes de que pudiera decir nada, se alejó hacia la piscina. Margot se sintió extrañamente huérfana, casi dolida por su marcha, porque era como si la rechazase…

Pero no era así en realidad. Es que no estaba acostumbrado a compartir esa parte de sí mismo. ¿Debía quedarse donde estaba, o acercarse? O marcharse, quizás.

En aquel instante, él colgó. Esperó a que se diera la vuelta, pero no lo hizo.

Permaneció de pie, en silencio, con la cabeza un poco gacha, como si estuviera rezando.

No pudo soportarlo más, pero no podía hacer otra cosa viéndole sufrir, de modo que se acercó.

–Max… ¿va todo bien?

El aire parecía inmóvil y pesado, y los pájaros parecían haber dejado de cantar.

–No, en realidad, no.

Margot sintió frío por dentro, pero intentó no pensar lo peor.

–¿Le ocurre algo a tu madre?

–Necesita que vuelva. Voy a tenerme que volver a Francia.

–¿A Francia?

–Sí… mi madre vive allí.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–No importa. No tienes que preocuparte.

Sus palabras sonaron cortantes, pero no fue su voz lo que le dejó un rastro de hielo en la piel. Un momento antes de contestar aquella llamada, sus ojos miraban dulces y desenfadados, pero se habían vuelto duros y distantes y, de pronto, volvió a ser el hombre que se había enfrentado a ella en la sala de juntas.

–Es que ya estoy preocupada. Te veo agobiado y…

La miró casi como si no estuviera seguro de quién era y, pasándose una mano por la cara, suspiró.

–Tiene a la prensa acampada ante su puerta. No sé cómo, pero se han enterado de lo nuestro. Hay cientos de periodistas, todos intentando hacerle fotos y acosando al personal. Ella no puede enfrentarse a algo así.

–Por supuesto que no –contestó Margot, tomando su mano–. Podemos irnos ahora mismo. Me visto y…

Max le apretó la mano, pero aunque hubieran estado cada uno a un lado de la piscina, habría sabido que se había equivocado con aquellas palabras, porque sintió su tensión.

–No tienes que hacer eso –le espetó, y como si hubiera percibido la dureza de su voz, intentó suavizarla llevándose su mano a los labios–. Incluso creo que sería mejor que no lo hicieras. Quieren una historia, y será mucho más fácil para mí dársela si estoy solo, así que quédate. Lo arreglo y vuelvo.

–Pero…

Demasiado tarde. Ya la había soltado y caminaba decidido hacia la casa.

Max agarró la primera camisa y la primera corbata que le salieron al paso y se las puso. Después de tanto tiempo con ropa de playa, las sintió tan desconocidas e incómodas como una armadura. Pero no iba a llevarlas puestas mucho tiempo, como tampoco iba a quedarse en Francia más de lo indispensable para tomar la decisión legal necesaria para proteger a su madre, pero por supuesto no iba a hacer el viaje en bañador y chancletas.

O con Margot.

Recordando su expresión dolida, cerró los ojos. No quería dejarla sola, pero ¿cómo llevarla? La prensa era implacable y, con semejante historia, serían como los tiburones de los que había hablado en la comida: hambrientos, implacables e irrefrenables.

Sin ella, podría manejarlos.

–Quiero ir contigo.

Se dio la vuelta. Margot estaba en la puerta, no bloqueándola, pero sí con un mohín terco que parecía indicar que estaba decidida a hacerlo.

Max suspiró. ¿De verdad se había creído que iba a claudicar?

–No es buena idea. Si vamos juntos, el frenesí de la cacería crecerá y, francamente, ya es bastante malo que estén acechando a mi madre. No quiero que se vuelvan también contra mi mujer.

–No estoy de acuerdo. Si volvemos juntos, les daremos lo que buscan. El señor y la señora Montigny.

Max bajó la mirada. Estaba diciendo todo lo que siempre había querido oír, ofreciéndole la clase de apoyo y lealtad que siempre había ansiado recibir y, sin embargo…

El corazón le latía rápido y con latido desigual, como si hubiera estado corriendo. Quizás lo que ocurría era que había estado huyendo de una verdad a la que no quería enfrentarse, de unos hechos que nunca podría cambiar, por mucho que quisiera.

Respiró hondo y, al final, no le quedó más remedio que reconocer la verdadera razón por la que no podía llevarla consigo.

Margot se había pasado toda la vida dando la cara por su familia: manejando el matrimonio de sus padres, las expectativas de sus abuelos y las exigencias de sus hermanos, sacrificando sus planes, sus esperanzas y sus sueños una y otra vez.

Y allí, en aquella isla, él la había obligado a sacrificarse por él. ¿De verdad iba a pedirle que volviera a hacerlo?

Sintió su mirada y su mano en el brazo.

–Creía que querías estar conmigo –dijo ella con suavidad–. Es lo que has dicho.

–Y es lo que quiero, pero…

–Demuéstramelo. Llévame contigo. Debo estar allí. Quiero estar. Sé que las cosas no han sido fáciles entre nosotros, pero soy tu esposa.

«Esposa».

Había prometido amarla y protegerla, pero había mentido.

Desde el momento mismo en que entró en la sala de juntas de la Casa de Duvernay la había tratado con una dureza que ahora le

producía náuseas. Una dureza que igualaba… no, que sobrepasaba la que Paul había utilizado para tratar a su madre. Había hecho de ella una rehén, acorralándola, chantajeándola, obligándola a casarse con él, utilizándola para solucionar las dificultades que tenía en la cabeza, del mismo modo que Paul había utilizado a su madre para tener sexo y alimentar su ego. Había utilizado el amor verdadero que Margot sentía por su familia para salirse con la suya. La había herido, la había humillado deliberada y repetidamente, y ella lo había dejado todo atrás de un modo que ni siquiera podía llegarse a imaginar y que desde luego no se merecía.

Lo mismo que él no se merecía su apoyo.

Lo que ella se merecía era tener libertad para elegir. Para estar con la persona que quisiera, y no estar obligada a cargar con una sentencia de por vida con un hombre con el que se había visto obligada a cargar.

–Tú querías esto, Max –insistió ella, cada vez más frustrada–. Tú querías este matrimonio. Creía que querías…

No terminó la frase porque a ella no la quería, pero era incapaz de pronunciar las palabras en voz alta. Le bastaba con pensarlas para que le doliera respirar, pero el hecho de que no quisiera que lo acompañase le decía todo lo que necesitaba saber.

Max la miró a la cara. Nunca había estado más hermosa a sus ojos, y nunca la había deseado más.

–De acuerdo. Te llevaré conmigo –dijo, y la esperanza se iluminó dentro de él–. Pero con una condición. Quiero que me digas la verdad.

Por la ventana se veía el cielo cada vez más negro. La tormenta se aproximaba, pero parecía débil, incluso frívola, comparada con la tensión que había dentro de su pecho.

–De acuerdo.

Él se aclaró la garganta sin dejar de mirarla.

–Quiero que me digas por qué accediste a casarte conmigo.

Ella frunció el ceño.

–Bueno, porque…

Bajó la mirada y él lo supo. Supo que no podía llevarla ante su madre porque sabría de inmediato que su matrimonio era una farsa y le rompería el corazón, algo que él no podía permitir, del mismo modo que no podía seguir utilizando la culpa y las amenazas económicas para que Margot siguiera siendo su esposa.

Ella se estremeció. No sabía qué estaba pasando, pero tenía la seguridad de que ya no estaban hablando solo sobre si debía o no volver con él a Francia.

–Tú sabes por qué.

–Pero quiero que me lo digas con tus propias palabras.

A Margot se le secó la garganta.

–Necesitaba el dinero… –comenzó, pero él la cortó.

–No había ninguna otra razón, ¿no?

Sí que la había. La había habido siempre. Tantas razones… demasiadas… pero no era tan valiente como para enumerarlas en aquel momento.

Tardó un momento en darse cuenta de que no le estaba haciendo una pregunta, sino constatando un hecho. Hubo un momento de silencio y luego él la besó con delicadeza.

El corazón se le llenó de alivio, pero, cuando iba a abrazarse a él, Max la agarró por los brazos y la separó.

–No me sigas –dijo, y la resolución de su tono de voz hechizó su cuerpo, que se quedó clavado en las baldosas del suelo, y antes de que pudiera registrar lo que estaba haciendo, salió rápidamente de la habitación.

Capítulo 10

HIZO falta que las primeras gotas de la tormenta golpeasen el cristal de la ventana para que Margot apartase la mirada de la puerta vacía.

No estaba segura de si las piernas le iban a responder, pero dio un paso hacia la cama y se sentó.

Le parecía casi imposible, pero Max la había dejado. No solo se había marchado de la habitación o de la casa, sino de su vida. No lo había dicho con palabras, pero no había sido necesario. Lo había visto en sus ojos. Algo había pasado entre la llamada de teléfono y el momento en que ella había entrado en el dormitorio. Una reflexión o una decisión le había apartado de ella y de su matrimonio.

Dobló las piernas y se acercó las rodillas al pecho. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y empezó a temblar. Respiró hondo, intentando serenarse, pero el dolor del pecho era demasiado intenso, demasiado exigente.

La había abandonado. Max la había abandonado.

¿Habría sido distinto de haberle dicho la verdad? Que en un primer momento se casaba con él por dinero, pero que incluso entonces la verdadera razón por la que había accedido a su proposición era porque lo quería, porque nunca había dejado de quererlo.

El amor había sido la razón por la que le había permitido volver a entrar en su vida, la razón por la que había accedido a poner patas arriba su vida.

Se arrastró hasta las almohadas, se tapó con la sábana y cerró los ojos.

Arrullada por el sonido repetitivo y soporífero de la lluvia, se quedó dormida.

Fue el canto de los pájaros lo que la despertó. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Aún era de día y al mirar el móvil se dio cuenta sorprendida de que había dormido casi dos horas. La tormenta había pasado y el cielo se pintaba de rosa y amarillo, el aire era fresco y las olas volvían a llegar a la playa con regularidad.

Ella también se sentía fresca. Menos cansada y menos desesperada. No es que el rechazo de Max fuera más fácil, pero ahora podía ver más allá. Tenía el corazón hecho pedazos, pero ya se había recuperado de su abandono una vez, y la Casa de Duvernay

había sobrevivido a guerras y recesiones.

Sobreviviría a Max Montigny.

Estaba claro que, cuando se había pinchado la burbuja de la luna de miel, cuando había tenido que abandonarla para entrar de nuevo en la realidad, había recuperado el sentido común. Y por eso había decidido marcharse.

Las lágrimas le ardieron detrás de los ojos. Aunque aceptar ese hecho era como si le clavaran un puñal en el corazón, en cierto modo el dolor le hacía centrarse en sí misma de un modo nuevo.

Antes siempre había tenido una larga lista de personas y problemas: Colette, Emile, los abuelos, Yves, Louis, Duvernay. Pero, a partir de aquel momento, eso iba a cambiar. Ella había cambiado.

Había llegado el momento de dejar de arreglar la vida de los demás.

Aunque no sabía aún cómo iba a hacerlo, estaba decidida a empezar a vivir su vida, y no la que decidían por ella los demás.

Una vida propia… sin Max.

Hizo la maleta metódicamente, colocando capa tras capa rítmicamente. Se reservó unos vaqueros ajustados y una sudadera de lino color tabaco, se puso unas gafas de sol y salió.

Solo le quedaba dar las gracias al personal, pero antes quiso echar un último vistazo a la playa.

Pero fue perdiendo parte de su control al atravesar la casa y volvió a contener las lágrimas. Salió a la terraza… y se quedó paralizada.

Max estaba sentado en los escalones que bajaban a la piscina. Estaba agachado, con la cabeza en las manos y con un vaso vacío a su lado.

¿Qué hacía allí? ¿Es que la tormenta habría retrasado su vuelo? ¿Qué iba a decirle ahora?

Llevaba el mismo traje que se había puesto, pero estaba empapado. Caía agua de la chaqueta y el tejido estaba oscuro. Debía de haber estado sentado allí durante la tormenta.

Dejó la bolsa y los zapatos para acercarse a él.

–¿Max?

Él se volvió. Sus ojos estaban sin vida.

–No sabía que estabas aquí todavía.

–No podía marcharme.

–¿Por la tormenta?

Él frunció el ceño.

–¿La tormenta?

–¿Han cerrado el aeropuerto?

–No he ido al aeropuerto. No he podido…

Se le quebró la voz y ella vio que le temblaban las manos.

–¿Por qué?

El corazón le latía tan fuerte que se sentía mareada.

–No he podido dejarte –pronunció Max despacio.

Ella lo miró sin hablar, incapaz de plantearle ninguna de las preguntas que le daban vueltas en la cabeza, no fuera a volver a perder la esperanza.

Se sentó junto a él porque las piernas no la sostenían.

–¿Has estado aquí fuera durante la tormenta?

Max asintió.

–Quería marcharme, pero no pude.

–¿Y qué pasa con tu madre?

Incluso en aquel momento pensaba en otra persona en lugar de en sí misma, advirtió él.

–Mis abogados han solicitado una orden de emergencia para que los fotógrafos no puedan acercarse a menos de cincuenta metros de su casa, así que está bien.

–¿Y tú? Estás empapado. ¿Por qué no has entrado?

Max tardó unos segundos en contestar.

–Porque sabía que, si te veía, no sería capaz de hacerlo. No sería capaz de marcharme. Y tengo que hacerlo, Margot. No puedo seguir haciéndote esto.

–¿El qué?

Sus ojos castaños buscaban los de él.

–Esto. Todo. Te he tratado fatal, y no quiero ser esa persona –se pasó una mano por la cara–. No quiero hacerte daño.

–Entonces, ¿por qué me abandonas? Si no quieres hacerme daño, ¿por qué haces esto?

Él dudó.

–Tú te embarcaste en esto para proteger a tu familia. Eres una gran persona, Margot, y yo no. Te mereces a un hombre mejor que yo.

A Margot se le contrajo el pecho.

–Max…

–Quiero estar contigo. Eso es lo que quiero… lo que siempre he querido.

Por eso volví a Francia. Por eso compré las acciones, y por eso te ofrecí el matrimonio. Durante mucho tiempo no he querido admitirlo ante mí mismo, y mucho menos ante ti, pero necesito que entiendas por qué no podemos estar juntos.

No podría mirarlo.

–¿Por qué, Max? ¿Por qué no podemos estar juntos?

Puso su mano sobre la de ella y Margot volvió a mirarlo.

–Porque te quiero, y sé que tú no me quieres a mí. Sé que solo te casaste conmigo porque quieres a tu familia, y siento haberte forzado a hacerlo.

Siento todo lo que he dicho y hecho.

Ella lo miró. Sentía tanto calor como si llevara toda la mañana al sol, demasiado aturdida y feliz para hablar.

–¿Tú… me quieres?

Él asintió.

–¿Y si yo también te quiero?

–Pero no es así, ¿verdad? –respondió Max, mirándola a los ojos.

Margot no podía contestar, pero debía de estar asintiendo con una sonrisa en los labios porque de pronto él respiró hondo, la sentó sobre sus rodillas y la abrazó con tanta fuerza como si no pensara soltarla nunca.

–¡Qué tonto eres! –susurró–. Pues claro que te quiero. Te he querido desde que tenía diecinueve años.

Al mirarlo vio que también él tenía la cara húmeda, pero por las lágrimas, no por la lluvia.

–Perderte casi acabó conmigo –dijo él–. Te necesito como necesito el aire, la comida y el agua. Sin ti, nada importa. Sin ti, no tengo nada, no soy nada.

Y, al mirarlo a los ojos, Margot supo que decía la verdad.

–No para mí. Eres mi marido, y mi corazón es tuyo –sonrió–. Y ahora creo que deberíamos quitarte ese traje.

Max sonrió, y ella sintió una oleada de amor por él al verlo sonreír.

–Creo que nunca has sido tan clara con lo de querer desnudarme como en esta ocasión.

–¿Y funciona?

En respuesta a su pregunta, la tomó en brazos y el calor de su mirada le abrasó la piel.

–Eso creo, pero ya sabes que no me gusta dejar nada al azar, así que entremos y pongamos en hechos tus palabras.

Y la llevó en brazos a la villa.